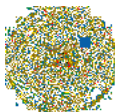


LUIS BOSSANO

PROBLEMAS  
CONTEMPORANEOS



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA



## BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR



El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** “(...) *Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones*” y literal vii “*La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad*”

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Motivos de diversa índole constituyen el objeto de los estudios reunidos en el presente volumen. En su parte mayor son páginas inéditas.

El solo aspecto que concretamente tienen en común reside en que, en cada caso, aquellos representan materias de viva preocupación de nuestros días. Claro que un atento examen permite siempre hallar líneas generales que conciernen a todos los asuntos.

La temporalidad de los temas ha impuesto, por lo mismo, en los enfoques realizados, cierta característica que en más de una ocasión no sea dable eludir: pueden existir matices en los juicios sustentados en los que, eventualmente, cambiantes e imprevisibles circunstancias deban acaso determinar rectificaciones de concepto. No así, en cambio, respecto de las apreciaciones vertidas en torno a aquellas realidades manifiestas, a hechos notorios, cuya sustancia y permanencia han sido inclusive señalados obviamente en otros análisis.

ECUADOR  
PROBLEMAS SOCIALES  
REFORMA AGRARIA  
POLITICA SOCIAL  
SOCIEDAD

EXISTEN 4 EJEMPLARES



Equ. 1307



PROBLEMAS CONTEMPORANEOS





324  
B745

N. Alfa 4022468  
ID: 39119  
30225732

LUIS BOSSANO

# PROBLEMAS CONTEMPORANEOS



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Quito - 1963

1870578





**EN TORNO A LA  
OPERACION  
PANAMERICANA**



El dilatado proceso de las relaciones inter-americanas viene culminando, en los últimos tiempos, con eventos de creciente trascendencia. En torno a éstos ha solido concentrarse la atención especialmente latinoamericana, y, empeños diversos, en marcha y en perspectiva, han pasado a constituir en la actualidad el objeto central de las preocupaciones por parte de estadistas, diplomáticos y estudiosos del Continente.

Como quiera que el pensamiento de este lado del Hemisferio se ha manifestado coincidente, en términos generales, parécenos oportuno contribuir a puntualizar, si esto es dable, la posibilidad que entraña el logro de determinadas realizaciones. Vale señalar, desde luego, que no podemos dejar de hallarnos acordes en orden a la aspiración fundamental que sugiere la consideración, concretamente, en torno al mayor y más sólido afianzamiento de las relaciones y conexiones de los estados de esta parte del Mundo. Des-

tino es éste marcado por la Geografía y otras inocultables realidades.

Es menester empezar señalando ciertos matices de interpretación y de procedimiento sobre la materia que, aceptados hasta hoy como premisas, imponen, empero, algunas acotaciones.

Ante todo, hubo un episodio que, como punto de partida inmediato, sea acaso interesante empezar recordándolo, aunque fuera brevemente.

Queremos referirnos a la gira que, con manifiestos propósitos de amistoso acercamiento, realizara a diversos países de la América Latina el Vicepresidente de los Estados Unidos de América, Mr. Richard Nixon, con ocasión de su presencia en Buenos Aires, a donde inicialmente concurriera para la ceremonia de la transmisión del mando presidencial. Son conocidas las manifestaciones de hostilidad y de agresión que en algunas de aquellas capitales hubo de hacerse objeto al señor Nixon. Mas, el significado de tales demostraciones y las interpretaciones diversas que de ellas se dieran, si por un lado han venido a determinar la razón de ser del gran intento constructivo de los últimos tiempos,



por otra parte, no siempre provocaron en el momento el juicio debido que correspondía a los dirigentes de esta parte de América. En cambio, allí pudo ofrecerse un claro indicio de cierto clima mental que no deja de ejercer notorio influjo en nuestros países.

Dichas demostraciones consistieron de modo general, en Lima y señaladamente en Caracas, en la acción de "turbas desenfrenadas, armadas de palos y piedras, escupiéndole, pateándole, maldiciéndole, asaltando los automóviles de los visitantes, a los que se trató de matar". Hay que tener presente que el señor Nixon viajaba con su esposa. La reacción dominante, lo mismo de la prensa que de la opinión pública de variadas procedencias, no oficiales, en Buenos Aires y Montevideo, Caracas y México, Río de Janeiro y Lima, Bogotá, Quito y Santiago, fue, como no podía serlo menos, de reprobación y de rechazo. Basta leer editoriales de los diarios responsables, declaraciones de particulares o informaciones de corresponsales de prensa. Pero no ocurrió siempre lo mismo con la voz de quienes llevaban la autoridad de una representación pública, o la condición de dirigentes políticos, o la categoría de

una investidura diplomática. Se eludió en mucho la explicación objetiva, la valoración justa de los hechos, y se entró de lleno a sentar un juicio imputando el origen de ellos a errores de la política norteamericana en el trato con nuestros pueblos.

Nada difícil era, por cierto, identificar los resortes que produjeron las explosiones aquellas, los móviles que las inspiraron y las condiciones del ambiente en que pudieron manifestarse y prosperar. Sin embargo, aún más, apoyándose en interpretación tal, antes que pensar en el planteamiento de una demanda decorosa para el instante cuya oportunidad era preciso buscar, se optó, por parte de los mismos personeros, por precisar reclamos en cierto modo convertibles en cifras.

No se trata, en modo alguno, de desconocer llanamente la existencia de tales errores. Tampoco es dable negar la razón de ser de no pocas discrepancias, resentimientos y pugnas, suscitadas por desaciertos varios en la marcha de aquellas relaciones. Mas, era menester empezar apreciando que se trataba de una visita de buena voluntad en que no había una razón lícita para poner en duda, ex abrupto, el móvil proclamado. Pero, produ-

cidos tales hechos, recogerlos sin beneficio de inventario y virtualmente justificarlos, cabalmente por los voceros —en una u otra forma— de las masas responsables de aquéllos, no era ciertamente caballeroso ni discreto.

Los pueblos latinoamericanos, en sus genuinos sentimientos, son por fortuna conscientes de una hidalga tradición que orienta su comportamiento con el extranjero en principios de hospitalidad y cortesía. No podía variar su conducta con la visita de un mandatario que llegaba en misión ostensiblemente amistosa. Y no era, por cierto, justo ni prudente cohonestar y casi patrocinar las inopinadas agresiones, cuando la única reacción normal de los personeros de esos pueblos podía ser apenas el bochorno. En tal concepto, no es posible dejar de marcar como se debe la actitud de gobiernos desaprensivos que, si no habían adoptado elementales medidas de prevención, bien se puede establecer que permitieron virtualmente esas manifestaciones; al consentirlas, es obvio que las estaban aprobando; y, en tal caso, ¿por qué o para qué invitaron o aceptaron la visita?



Ello es que, finalmente, aquellos hechos y sus comentarios y sus interpretaciones hubieron de conducir en el Continente a la creación de un ambiente más bien constructivo de preocupación en busca de un movimiento que asegure en más firmes bases la iniciación de un proceso de mayor acercamiento y cooperación interamericanas.

A las voces destempladas y quejas e imputaciones producidas en Latino América con muy pobre sentido de oportunidad, siguió la respuesta mesurada y comprensiva del pensamiento conductor de la política exterior norteamericana, como Milton Eisenhower, Nixon y el propio Presidente, entre otros innumerables voceros que patentizaron su más amistosa disposición. En esta misma circunstancia quedó, empero, una lección para nuestros pueblos y gobiernos: la necesidad de adoptar caminos de franqueza y lealtad en este orden de relaciones, antes que ofrecer la sensación de que estamos tratando de coartar una conducta y una convicción (como aquella tesis enunciada de manera despam-

panante en el Comité de los Veintiuno, acerca de que no habrá solidaridad política si no se asegura y sobre todo demuestra de antemano una solidaridad económica. ¿Para qué entonces principios renovadamente proclamados?) Y es que debemos empezar aceptando que sólo los procedimientos de la máxima dignidad podrán ofrecernos al final toda la atención y la respetabilidad que en justicia demandamos.

Así llegó a proponerse ya en un elevado plano de decoro y en términos que honran a su ilustre autor y a su País, el primer paso de la propuesta de la Operación Panamericana, por parte del señor Juscelino Kubitschek, Presidente del Brasil, en carta a su colega del Norte, General Eisenhower. Discreta y sugerente, pero también llena de claridad y precisión, la corta misiva del mandatario brasileiro encierra tan trascendentales planteamientos como que sólo pueden partir de una profunda comprensión de los variados problemas que entrañan las relaciones interamericanas. Este fue en verdad el punto de partida de la Operación Panamericana, y a él nos proponemos por ahora concretar algunas consideraciones.

Como quiera que a base de tal iniciativa libremente recogida por el jefe de Estado norteamericano ha suscitádose una amplia actividad de miras concretamente constructivas, bien vale por lo pronto detenerse a examinar el alcance de ciertos enunciados de Kubitschek, enunciados de cuya debida apreciación puede derivarse acaso la eficiencia que hayan de alcanzar los proyectos en marcha.

Es interesante ante todo observar cómo, apartándose de aquellas gazmoñas actitudes tan en boga en los políticos nuestros —actitudes que constituyen al propio tiempo una especie de demagogia internacional—, empieza aquél señalando, con noble franqueza y certera visión, dos consideraciones primarias en torno a los incidentes ocurridos en la visita de Nixon: siempre a base del concepto de que ellos partieron de "una simple minoría", anticipase luego a establecer la adversa consecuencia en el sentido de que, de todos modos, frente a la opinión mundial, la idea de la unidad panamericana ha sufrido serio perjuicio. Advierte, así, expresamente, que "la propaganda de los interesados en el anti-americanismo" desfigura y agranda esos

"supuestos desacuerdos" tomándolos como signos de una incompatibilidad y de una enemistad entre los países libres de la comunidad americana, "lo que felizmente está muy lejos de suceder". Tal criterio encamínase desde luego a una obvia conclusión: "no es justo que perdure esa impresión que debilita moralmente a la causa de la democracia, en cuya defensa estamos empeñados".

Preámbulo tan sagaz en el propósito como incuestionable en la interpretación a que conduce, deja dilucidado, con la autoridad de quien lo sustenta, aquel equívoco que se insinuó a base de consabidos y premeditados planes, en los primeros momentos, en torno a los susodichos incidentes. Mas, si el origen y el significado han sido bien marcados, los alcances o efectos, buscados y en parte conseguidos frente a la opinión mundial, no pueden ni deben prevalecer y para ello la advertencia, y, desde luego, allí el punto de apoyo para los caminos que deben adoptarse. Así se comprende el contenido de aquel "algo es necesario hacer", del Presidente carioca.

De todas maneras, bien se puede recor-

dar, de paso, ciertas y muchas vicisitudes del proceso que viene experimentando la unidad panamericana, sin duda y a pesar de todo, en marcha. Va ya para una veintena de años de aquellas embestidas que hubo de sufrir en todos los planos, por parte de otro tipo de totalitarismo, el régimen nazi, para socavar y en lo posible destruir, en su exclusivo provecho, la armonía y la coordinación de este continente. A una ruda batalla propagandística sucedió la obligada acción en el reajuste de las relaciones y en la múltiple cooperación, inclusive en el terreno bélico. Superada fue aquella etapa y finalmente la causa de la cohesión interamericana terminó en algunos órdenes fortalecida en los principios y en los hechos, por más que no todos los países hubiesen disfrutado en justa proporción de los beneficios previstos, y el nuestro, de manera especial, que debía llevar el destino del mayor quebranto y sacrificio que tarde o temprano tendrán que repararse.

En los hechos, es más bien positivamente estimulante y saludable todo movimiento de oposición o afán de contrapeso que se ejerce en una estructura social debidamente cimentada en bases de unidad, si ésta se halla

constituida por un fondo común de sentimientos y propósitos frente a los problemas del convivir social, como es, con evidencia, el caso del hefismerio americano. Hay un querer y un querer hacer, general y convergente, no sólo no contradicho sino permanentemente proclamado y perseguido. La verdad esencial está en que no existe controversia en los principios ni disparidad en las aspiraciones y lo que se busca primordialmente es armonizar procedimientos y asegurar medios que condicionen esa solidaridad. Por eso, antes bien, cuando ella falta o fracasa, la protesta y la exigencia; y, en éstas, el asidero para las posiciones negativas y la consiguiente propaganda interesada.



FUNDADA EN 1920  
QUITO

El objetivo cardinal de la carta del señor Kubitschek se muestra claramente cuando plantea ya puntos de consideración medulares, dirigidos al fondo del problema de aquellas relaciones y a las circunstancias en

que ellas operan. Y al sustentar que "ha llegado la hora de que revisemos fundamentalmente la política de relaciones de este Hemisferio y que procedamos a un examen de lo que se está haciendo a favor de los ideales panamericanos en todos sus órdenes", se interroga —con una implícita afirmación de escepticismo— "si estaremos todos nosotros actuando en el sentido de establecer la unión indestructible de sentimientos e intereses que la grave situación aconseja y recomienda". Aclara luego la intención de esa pregunta al propugnar un afán de "delimitar, para luego extirpar, una serie de incomprensiones", para conseguir finalmente, como fruto de las contrariedades soportadas por Nixon, crear "algo más profundo y duradero en pro de nuestro destino común". Tal orden de contemplaciones continúa finalmente en una sustentación trascendental: si es aconsejable corregir la falsa impresión acerca de la realidad panamericana, "para que sea duradera y perfecta" esa operación correctiva, "debemos proceder a un verdadero examen de conciencia, con respecto al panamericanismo, y saber si estamos en el camino verdadero".

Es posible afirmar, sin sutilezas ni suspicacias, que pocas veces se ha expresado tanto en tan pocos términos.

Cabría, tal vez, desde luego, invertir el orden de las proposiciones expuestas en la última parte de la carta en cuestión, pues parece necesario atenerse al orden lógico que imponen los procedimientos señalados o aconsejados.

Es menester, en tal manera, empezar ensayando aquel "examen de conciencia" sobre todas nuestras realidades y nuestras actitudes todas, frente al panamericanismo. Tal análisis habrá de conducirnos a abolir innúmeras incomprensiones y a crear consiguientemente el clima propicio que permita trazar cauces profundos y duraderos en nuestro común destino. Allí se perfilarán los métodos idóneos para la más adecuada revisión de la política de relaciones en el Hemisferio, que asegure una unión mejor fundamentada de sentimientos e intereses. Y la falsa opinión quedará desmentida con hechos que ya no podrán ser desconocidos.

Y conviene apreciar de antemano cómo, entre una notable comunidad de sentimien-



UNIVERSIDAD CENTRAL

CONTROL DE BIENES



4022468

tos e ideales, sinceramente compartidos, coexisten ciertos órdenes de realidades políticas, económicas y sociales en general, que no concuerdan en los modos de vida en la América sajona y de la llamada latina.

No es el instante de puntualizar unas y otras características ni los elementos demasiado ostensibles de su disparidad, que originariamente los están determinando factores étnicos e históricos. Puede sí apuntarse a simple vista que aquellas condiciones dominantes en la gigantesca organización norteamericana, estructurada en bases de libertad y de trabajo, de riqueza y de técnica, en marcha hacia una gran Cultura (en el más trascendental sentido del vocablo), como en hitos incommovibles, encarnan los moldes de una existencia democrática de las menos defectuosas que el desconcertado mundo que vivimos lo permite. En las líneas de lo político y lo económico, lo social y lo religioso, colectividades e individuos respiran su atmósfera de igualdad y experimentan en modo constante la sensación de un amplio amparo para desenvolverse por todos los caminos. Y lo mismo el oscuro inmigrante que el negro menesteroso o el trabajador minero, alientan su

aspiración, corrientemente fundada, de convertirse por su propio esfuerzo y su valer en millonario, magnate o dirigente. En la libertad de pensar y trabajar, de reunirse u organizarse lícitamente, el norteamericano finca los carriles de su grandeza. Y hay que reconocer que, si alguna carga desmedida soporta, ella está en la tributación, tal vez exorbitante, mas rendida en silencio, cabalmente en provecho de otros pueblos. Esta realidad no puede dejar de ser reconocida por el Mundo.

Frente a ese magno engranaje hállanse nuestras naciones, con modalidades de vida en mucho diversas del País del norte, por más que el fondo común de sus aspiraciones se dirige a conseguir análogo estilo de organización, en medios de existencia, en igualdad y en libertad y, por supuesto, en justicia social, nuestro objetivo tan caro y apremiante. No precisa trazar los contornos de esa realidad que nos pertenece muy de cerca y que en la sustancia no ofrece variantes de mayor transcendencia —aparte de ciertos matices y del factor humano indígena que subsiste en algunos—, a lo largo de la gran parcela latina de América. El interés radica

en examinar la magnitud o la profundidad de los obstáculos que existen en el camino de la mutua comprensión y el significado que aquellas representan en función de los objetivos que constituyen la preocupación de nuestros días.

No está fuera de realidad el señalamiento del hecho —que el peso de las circunstancias ha venido acentuando de año en año con las proyecciones contemporáneas vinculadas a todo el Continente— por virtud del cual, de tiempo atrás, los Estados Unidos orientaron su mayor y más decisiva acción externa en la órbita del viejo mundo; a ella se dirigió toda su atención y su esfuerzo y su sacrificio, incluyendo los procesos de las dos conflagraciones, con el incalculable acervo de prestaciones y holocaustos que tales acciones comportaban. Allí ha continuado, en empeño ininterrumpido, la asistencia múltiple y los préstamos no reembolsables, el apoyo económico, militar y técnico, casi sin medida, señaladamente en Europa y el Medio Oriente, aparte de toda la ayuda a China, Corea, Japón y Filipinas. Aquel European Recovery Program o Plan Marshall, ha constituido apenas un capítulo.

No hay objeto de recordar lo que, en contraste, representó para el País del norte la América Latina. No tan sólo la faena de Panamá y los marinos en Nicaragua y en Haití, entre otras cosas de mayor y menor cuantía, sino el sistemático menospreciar realidades y problemas nuestros. A la altura de la segunda guerra mundial había llegado el paliativo de la política del buen vecino. No obstante, no faltó razón cuando se ha apuntado que el cuidado sólo llegó ante los amagos de adversas influencias. Concluida aquella contienda, estos pueblos fueron poco menos que olvidados. Es verdad, sí, que no se puede desconocer que obvias circunstancias de carácter político y social habían hecho que la preocupación y la ayuda económica norteamericanas se volcasen hacia el viejo Continente. En los últimos tiempos se justificó más de una vez este reparo, cuando la ayuda llegaba a producirse frente a las inminencias de lo que se consideraba un peligro comunista.

Tampoco ha carecido de fundamento la queja referente al amplio respaldo que ha solido otorgarse, frecuentemente con una gran ausencia de criterios de equidad, a em-

presas explotadoras de nuestras riquezas. Y en éste y en otros diversos campos, la escasa eficiencia y a veces el nugatorio empeño de diplomáticos del norte para una obra positiva de acercamiento y compenetración con sentido de las exigencias contemporáneas y con esfuerzo comprensivo y creador.

Sin embargo, no se debe echar en olvido que, en el orden inverso, en este aspecto asoma por entero fuera de lugar la queja en mucho pueril acerca de la ignorancia de las realidades de la América Latina por el pueblo norteamericano, o esotra sobre la superficialidad mercantilista de su prensa, que de nuestros países se ocupa únicamente para dar cuenta de revoluciones y catástrofes. Este resentimiento carece de razón de ser si se advierte que proviene llanamente de una notoria negligencia por parte de quienes, como los agentes del servicio exterior latinoamericano, dejan de cumplir rudimentarios deberes que incumben a su misión.

Merece también examinarse en su justo significado aquel otro motivo de disgusto con insistencia recalcado ante los personeros yanquis: la amistad con los dictadores o el supuesto apoyo prestado a los mismos. Un

órgano de publicidad tan serio como "Life", en un comentario vertido bajo la impresión de los ataques a Nixon, no vaciló en lanzar, en sentido de autorreproche, la expresión de "toleramos tiranuelos". Sobre este punto, en la forma ya circunspecta que corresponde, Milton Eisenhower, señaló con claridad la posición de su País. He aquí sus palabras: "Es verdad que durante muchos años, desde el enunciado de la Doctrina Monroe —política unilateral, concebida con espíritu protector, aunque útil— los Estados Unidos adoptaron cierto aire de superioridad frente a sus vecinos del sur. A veces hemos intervenido en sus asuntos internos y en ocasiones cometido algunos actos imperialistas. Todo esto cambió desde el solemne Acuerdo de Montevideo, en 1933. Adherimos entonces a una política de respeto mutuo, igualdad jurídica de los estados y no intervención. Sin embargo, el recuerdo del pasado perdura. En el terreno de la intervención nuestra posición y conducta han sido ejemplares durante el último cuarto del siglo, pero subsiste la duda inquietante, el temor de que si una crisis parece exigirlo, los Estados Unidos lleguen a violar la soberanía de una nación latino-

americana." Más adelante recuerda: "Ya he señalado que por la Convención de Montevideo de 1933 aceptamos un histórico cambio de política. Desde entonces hemos observado continua y honorablemente la norma de no intervenir en los asuntos internos de otras naciones. No podemos hacer las dos cosas al mismo tiempo: abstenernos de intervenir y al mismo tiempo opinar sobre el grado de perfección alcanzado por la democracia en las repúblicas hermanas. Un rayo de esperanza iluminó este complejo problema de 1945 a 1946, cuando el Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay propuso que todas las naciones estimularan en forma colectiva el establecimiento de gobiernos democráticos, negando el reconocimiento a los que no lo fueran. Los Estados Unidos apoyaron al proyecto, pero nuestros vecinos lo rechazaron por abrumadora mayoría."

Sería injusto negar que las palabras del doctor Eisenhower se ajustan estrictamente a la verdad.

¿Se querrá, pues, llegar al humillante absurdo de que haya de atribuirse al gobierno de los Estados Unidos la facultad de calificar el grado de basamentos democráticos que

sustentan a los mandatarios latinoamericanos? Claro que han existido y existen todavía mandones que ejercen el poder con desembozada insolencia. ¿Se cree, acaso, que con esos países debieran los Estados Unidos (parece que se da por supuesto que sólo ellos) cortar, sin más, sus relaciones políticas y comerciales? ¿No han mediado, entre otras cosas, situaciones como las de Venezuela—hasta hace algún tiempo en aquella condición— en que el petróleo representa un eslabón irrenunciable para uno y otro país, con prescindencia de toda consideración acerca del régimen que los gobierna? Y en el aspecto de las relaciones comerciales, vale tener en cuenta que no es reciente la sólida interdependencia que una antigua realidad ha establecido entre los dos bloques; baste apreciar el inmenso volumen de importaciones que Estados Unidos recibe de Latinoamérica y el altísimo porcentaje que ésta, a la vez, recibe en productos manufacturados de aquella Nación. Ciertamente que en muchos casos, materias primas nuestras han abierto paso a la cimentación de monopolios al servicio de intereses norteamericanos; mas, este aspecto constituye una materia que debe ser

objeto de previsiones y reglamentaciones adecuadas.

Por otra parte, en esta realidad de los gobiernos de hecho, no faltan muchos matices. No se debe olvidar que no pocas veces, tras los pregones de victoria y de júbilo por el derrocamiento de una tiranía, entronízase otra, con análogas o peores características, mientras continúan ondeando, por largo tiempo, los señuelos de una gran conquista.

Y en nuestra América mestiza no son raras situaciones desgraciadamente más complejas: las dictaduras con etiqueta democrática, casi tan repugnantes como las otras. Fortalecidas con la ayuda militar, a la sombra de un título comicial más o menos legítimo, lánzase luego por sobre los marcos de la ley, arrogándose de hecho facultades máximas para romper el equilibrio de los engranajes jurídicos, quebrantar garantías elementales del ciudadano y entrar a saco en los caudales públicos. Allí entran en juego los recursos de la demagogia para acabar cerrando con golpes de audacia y de cinismo todos los posibles caminos a la protesta y a la resistencia civil. Y la secuela de quebrantos es acaso mayor, porque la arbitrariedad

y el abuso de poder conviértense en direcciones normales, y así se perpetúan, como emanadas de un régimen protegido por ropajes legales. Aún más, si los francos sistemas autocráticos cobíjanse con la cortina pomposa de las obras públicas, que, si a menudo exageradamente dispendiosas, siempre quedan, el apresurado saqueo que realiza el constitucionalismo simulado llena su papel en el desvergonzado enriquecimiento de los áulicos. Lo que resta y permanece de estos sistemas políticos —si así pueden denominarse— es la superabundante burocracia de improvisados, cuya ineptitud, cuando menos, se coordina con los eficaces métodos que luego desarrolla para mantener sus posiciones.

¿Qué procedimientos han de adoptar en casos tales los Estados Unidos, si sabe, además, que gran parte de sus préstamos y ayudas, grandes o pequeños, han de filtrarse hacia los toneles sin fondo de los detentadores del poder y de sus camarillas?

Hay, empero, que considerar que estas y otras equivocaciones en los juicios, bien pueden ser comprendidas y rectificadas con serenidad y no entrañan, así, obstáculos insalvables. Parecida actitud debería correspon-

der a situaciones como aquella observada por Lewis Hanke, perspicaz estudioso norteamericano, al juzgar las relaciones con nuestros países: "Nuestro mismo tamaño y poder nos han conducido a veces a una jactancia insultante; y su propia debilidad y la conciencia de la misma, a veces los conduce a ellos a adoptar una actitud innecesariamente intransigente." Esa intransigencia deviene cabalmente en el fermento en unas veces y en la expresión en otras, de nuestros nacionalismos, sinceros o no, lo cual es un tema que debe ser tratado separadamente. Mas este aspecto, en modo igual que ese habitual y común desconocernos, sólo demandan, en cada caso, un metódico proceso educativo que, con buena voluntad y un poco de tiempo, puede quedar cumplido. No faltan, inclusive, organismos propicios para esa gran obra de integración, y allí también previsiones y caminos certeramente concebidos, en plena vigencia, merced a un amplio sistema de instrumentos contractuales para la asistencia recíproca, la solución de conflictos, el intercambio, la cooperación y la solidaridad interamericana.

Los escollos emanan de circunstancias tal

vez más hondas y desafortunadamente no siempre aquilatadas ni previstas.

Y es que al lado de las corrientes de descontento apoyadas en motivos intrascendentes o simplistas y de obstáculos no difíciles de subsanar, existen determinadas realidades que imponen una preocupación más profunda de nuestra parte, si nos proponemos sinceramente encontrar cauces y ambiente para que la asistencia de nuestros hermanos del norte y toda la cooperación buscada alcancen la virtualidad que se quiere conseguir.

Hace falta llevar a cabo un análisis concienzudo y forzosamente laborioso de los factores que integran la condición del subdesarrollo de nuestros países. Hay, además, que tomar en consideración que esos factores —los que deben estudiarse— son independientes en sí mismos de los medios de ayuda que esperamos de los Estados Unidos, sean ellos económicos, técnicos o de otra índole, como aquellos del campo comercial y militar; factores que, al propio tiempo, llevan en sí efectos contraproducentes para los fines de esa asistencia.

Cabría enunciar, a grosso modo, algunos

aspectos para tener cierta medida de la magnitud de los problemas.

Puede contemplarse, por ejemplo, que no pocas características inherentes a la población de la América Latina ya ofrecen proyecciones desfavorables. Si por una parte se advierte un alto índice de crecimiento efectivo y se prevé obviamente un ritmo aún mayor, hasta suponerse que para el año 2.000 tendremos algo como unos seiscientos millones de habitantes (es una observación que alcanza mayor efectividad en masas desnutridas, si nos atenemos a la tesis de Josué de Castro, sustentada en su obra "Geopolítica del hambre"), vale considerar que tal hecho supone concomitantemente y dentro de un proceso normal, problemas mayores en aspectos de morbilidad y subalimentación y plantea esfuerzos superiores para la acción sanitaria y de modo especial para los efectos de la necesaria elevación del nivel de vida de la masa, en forma que la proporción del desarrollo económico corra pareja con ese crecimiento demográfico. Supuesto aquel progresivo ritmo de fertilidad humana que habrá de mantenerse y desde luego prosperar con el paso de los días a medida del natural in-

cremento, y si continuamos estancados en el subdesarrollo, en los bajos niveles de producción, en la mísera renta por cabeza promedial (América Latina, 260 dólares, frente a 2.500 de los Estados Unidos), el efecto necesario seguirá manifestándose en la pobreza creciente con toda su secuela de infortunios.

Y en esta marcha del aumento de población, precisa tener en cuenta, además, la presencia mayoritaria de los grandes bloques campesinos —indígenas entre ellos— siempre en ínfimas condiciones de existencia, y vinculados, por otra parte, en su papel, al gran problema agrario, tan necesitado de fundamentales rectificaciones.

A esto hay que agregar las correlativas exigencias en el terreno cultural.

Y si es obvio que para invocar libertad y democracia hay que anteponer basamentos de sólidas garantías para las colectividades en el campo económico y enmiendas impositivas orientadas hacia la máxima justicia social, la verdad es que, en no pocos casos, reformas que pregonan tal apariencia no tienen otra finalidad —por lo apresuradas e improvisadas— que la autopropaganda política de los personeros gubernativos. ¿No

habrán de llevar el mismo ominoso destino los esfuerzos económicos que puedan otorgarse en el futuro?

Los problemas se agudizan cuando se examinan modalidades ya propias de la organización estatal, como aquellas políticas, financieras, administrativas y económicas, en líneas generales.

Si parece que algunos pueblos van adquiriendo la anhelada estabilidad política, ésta no ha podido destruir, empero, ciertos defectos básicos de esos que, no únicamente ya un cambio gubernamental sino ya tan sólo un reemplazo ministerial lleva consigo alteraciones radicales en mudanzas de concepto, de planes y de métodos, variaciones y distorsiones que rompen todo sentido de continuidad en las gestiones del Estado. Estrechamente vinculado a tal orden de transformaciones se halla el régimen financiero, porque, en modo regular, antes que la directiva técnica permanente, prevalece el incentivo de los intereses políticos y a éstos se subordina con frecuencia el régimen tributario, egresos fiscales y programas financieros. Los engranajes administrativos, si enmarcados a



tenor de los resortes legales, estarán sujetos indisolublemente al arbitrio de los factores humanos que en aquéllos se alternan, siempre ceñidos a la corriente del grupo dominante. No pueden llevar mejores rumbos las actividades de índole económica, asociados por su naturaleza en modo directo a todas las modalidades peculiares de este género de regímenes.

De otra suerte, ¿qué sistema de organización económica y de ordenamiento financiero y administrativo puede resistir al ciego impulso que alientan los gastos militares en nuestros países? El régimen tributario para estos fines, de ordinario no reconoce obstáculos ni se aviene a técnicas ni a principios de equilibrio social y humano; y en forma tal, si por una parte ahuyenta las inversiones extranjeras, por otra debilita las posibilidades de la industria y demás modos de producción. Esto último conduce a que se afiance, acaso sin competencia, la importación de la grande industria norteamericana y, como es sabido que el alza de los precios de los artículos manufacturados acarrea automáticamente una baja de los correspondientes a las materias primas —fenómeno tal vez

curioso, pero evidente— esta realidad, entre los otros factores, anula toda posibilidad, tan buscada por estos países, de conseguir una estabilización para los precios de nuestras materias primas.

No es posible desconocer que estos órdenes de hecho, corrientes en más o en menos en nuestras estructuras republicanas —aún deformadas por el juego incontrolado y ciego de los resortes políticos—, al desnaturalizar la sustancia del vivir democrático, determinan un ingente debilitamiento de los engranajes estatales hasta anular, en muchos casos, su eficiencia.

Es obvio que podrían ser citados innúmeros y variados ejemplos de casos concretos que acreditan la razón de ser de estas consideraciones y que juzgadas en su superficie podrían tomarse como inspiradas por un criterio pesimista. Mas, toda esa ronda de padecimientos innegables que aún soportan nuestras masas, con la miseria y el analfabetismo, la enfermedad, la desnutrición y el alcoholismo, como, por otra suerte, con no escasa frecuencia, los estragos de la inflación y la carga del desempleo, no representa un

efecto imputable ni a la pobreza de medios naturales ni, en mucho, a la ausencia de capacidades humanas: son males prevalecientes por obra de los vicios arraigados en los sistemas y prácticas de nuestra organización.

Cabe advertir que no se trata de sostener que pautas rígidas e inmutables hayan de enmarcar la dirección de las funciones del estado, cuando hemos hecho referencia a la inseguridad y versatilidad de nuestros sistemas: bien al contrario; no es posible ignorar que la dinámica en que se orienta la sociedad en que vivimos impone una obvia alternancia de corrientes superadoras en fórmulas propicias y una tonificante emulación y renovación de energías humanas; mas, sobre estos circunstanciales movimientos ha de prevalecer una firme orientación de doctrina y de ciencia en el rumbo del mecanismo estatal, los planes técnicos en sus respectivas normas para los variados cauces de la administración y del gobierno. Y todo esto no puede ser desvirtuado ni torcido por el capricho, el interés o la conveniencia de quien o quienes ostentan el solo título de la habilidad y la maestría para superar en el juego político a base de la mañosa captación de la volun-

tad de las masas ingenuas u otros ardidés mayormente protervos. Y singularizamos la calidad del título porque —salvo las grandes figuras que si por fortuna no faltan, son siempre escasas— el tipo del político corriente, que es el que define y decide las actividades electorales y legislativas, de administración y de gobierno, pocas veces lleva en sí otros atributos que el de su impulso de poderío y la fuerza y el sentimiento de partido.

De allí que, en este orden de actividades, cuya trascendencia entraña la raíz cardinal en la organización y en el porvenir de nuestros pueblos, el camino sólo puede hallarse mediante antecedentes de cultura especializada, traducidos en genuina y suficiente capacitación, para el ejercicio de las funciones públicas.

Todas aquellas adversas realidades han constituido obstáculo permanente para que hubiésemos podido aprovechar vastos empeños de cooperación orientada hacia nuestros países en ya muchos años. Instituciones y organismos vienen actuando en líneas diversas, como la educativa, la agrícola, la comercial y la financiera. En tal medida ha operado todo esto, que ya hace un lustro registraba la

cifra de diez mil millones de dólares en inversiones públicas y privadas de los Estados Unidos en nuestra América. No se requiere mucha perspicacia para prever el incremento que tales inversiones alcanzarían si cambiasen favorablemente las condiciones nada propicias para aquellas, debidas a los vicios de nuestra organización.

Cinco tipos de riesgos, a cual más amenazante, encontraba un distinguido financiero ecuatoriano que pesan sobre el inversionista extranjero: depreciación de monedas, controles de cambio, nacionalización de empresas extranjeras por el estado, legislación de trabajo, ciertos aspectos del régimen jurídico de la propiedad, y por fin, régimen tributario, traducido en una doble tributación. Si en verdad no podemos renunciar a la necesidad de mantener ciertas de esas condiciones, mas, de todas maneras, si la totalidad de tales circunstancias subsisten con carácter adverso ¿qué mucho será posible esperar en el futuro, cualesquiera que sean los recursos económicos de cooperación que se pretenda crear? ¿Podrá por sí solo, por su capacidad y por los mejores métodos que adopte el proyectado Banco In-

teramericano de Desarrollo producir todos los beneficios que se contemplan?

Si cautamente nos apartamos de la vieja lírica optimista, tratando de analizar y sopesar, con objetiva visión, los positivos módulos de nuestra urdimbre sociológica, no podemos encontrar aquella comunidad integral sistemáticamente pregonada en nuestra América Latina.

Un examen sereno permitiríanos hallar realidades varias que, arrancando de lo geográfico y lo histórico llegan a los ámbitos de lo humano y de lo típicamente social hasta acusar matices de incontestable diversidad.

Mas también no podemos echar en olvido que, por encima de esas múltiples variantes, ha alcanzado a constituirse de verdad una conciencia profunda del ser latinoamericano. Es la actitud anímica ante sus problemas comunes, ante lo unitario que prevalece de sus contornos humanos, que coincide en su miraje y en sus afanes inherentes a los moldes institucionales generales de su organización. Allí, el espíritu de libertad, el repudio al privilegio, el aliento de justicia social, el ideal solidario de la Raza.

Por eso, si los pueblos de Latinoamérica

llevan su aspiración en busca de una unidad verdaderamente medular, para conseguir beneficios equivalentes que interesan a cada uno, necesitan por la misma razón concertar sus esfuerzos dirigiéndolos hacia una firme solidaridad política y la mayor compenetración económica. Sólo entonces la integración hemisférica podrá ajustarse en equilibrio y estabilidad. Los contactos sinceros, la planificación y la acción cooperativas tórnense en tal manera indispensables para ordenar una economía expansiva de intercambio y de consumo; y éstas serán las bases para que un engranaje igualmente económico bien concebido y encaminado asegure la mayor compenetración interamericana.

Este movimiento requiere complementarse mediante la tarea de una amplia y completa preparación de imprescindible cimentación científica y la garantía de elementos idóneos para dirigir la acción.

Mas, aquí radica el gran problema de nuestras naciones latinas; pues, si no reconocemos la plena supremacía de los dispositivos técnicos, a base de un nuevo concepto y un nuevo estilo de vida en nuestra ordenación interna, todo empeño por superar los

estados de retraso llevará el carácter de un paliativo temporal, cuando no el destino de un intento frustrado.



He aquí la necesidad de que empecemos realizando el "examen de conciencia" expresamente señalado en la carta del Presidente Kubitschek, la visión de fondo de nuestro problema latinoamericano, para forjar soluciones radicales de organización y de procedimiento que abran los caminos y favorezcan un ambiente para que el espíritu de la Operación Panamericana pueda llegar a cristalizar en eficaces realizaciones.

Y bien podemos mencionar ya, aunque fuere de paso, que esta iniciativa ha alcanzado nuevos auspicios en la hora presente y un vasto programa de actividades ha iniciándose a expensas de los programas de Alianza para el Progreso.

Pero esta última fase del gran empeño impone obviamente una doble consideración: aquella referente al ideario contenido

en la correspondiente Declaración y la que conviene a los procedimientos diversos encaminados a poner en práctica esos postulados. Nadie, honorablemente, puede subestimar la excelencia de los objetivos nobilísimos propuestos en aquel programa de generosa cooperación continental. Su ejecución, empero, reclama de sus agentes, vale decir, de autoridades gubernativas y cuerpos administrativos de nuestra América, toda una suma de atributos, de métodos y de esfuerzos que asegure de verdad la realización de esos propósitos.

Desafortunadamente, no será imposible que, dentro de las condiciones que venimos enunciando, pudieran presentarse situaciones en las que, la idoneidad para la elaboración de los nuevos moldes legales indispensables, la capacitación para los procedimientos, la decisión para las rectificaciones, no siempre hayan de hallarse a la medida de las aspiraciones planteadas. El fascinante espejismo de los millones para la ayuda puede acaso deslumbrar a quienes carecen de toda la necesaria responsabilidad moral que impone la magnitud de la tarea. Bajo la primacía del interés político, sin planes con-

cienzudos de verdad, puede darse paso a las medidas precipitadas, al crecimiento immoderado de los mecanismos administrativos, con el correlativo sacrificio de las fuentes de producción y desarrollo económico y el escarnio de la justicia social. Las catástrofes que se tratan de preservar habrían finalmente de llegar mucho antes que el bienestar social con que se busca detenerlas.

Son mucho más hondos de lo que asoman a la superficie los problemas que afectan a la América Latina y más arduos aún los caminos de las soluciones. ¿Podrá ser dable conseguir amoldar y conformar con la celeridad debida estas realidades a tenor de aquellos principios salvadores, sin el riesgo de anular sus fines?



Existen en la América Latina vastos sectores humanos en donde la inteligencia se produce en magnos rendimientos; en sus pueblos alienta una caudalosa tradición de nobles principios, y cada día va afianzándose

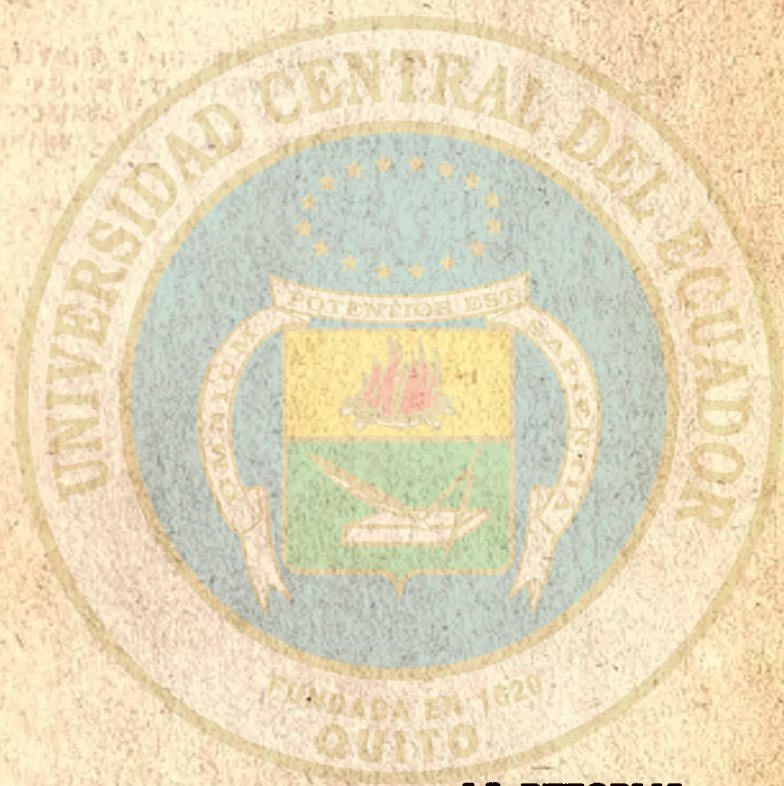
en la entraña de la colectividad una gran conciencia humanitaria entre sinceros afanes de renovación, de superación y creación. No es posible concebirla, por lo mismo, refractaria en modo alguno a una acción de encarrilamiento de las energías humanas en armonía con legítimos apremios de cultura y de civilizada convivencia.

Si se vienen invocando con apremiante clamor aquellas dramáticas condiciones de subdesarrollo que nos afectan para conseguir transformarlas con ventaja por la obra de una cooperación eficaz, es también indispensable que empecemos acelerando con métodos seguros el proceso de nuestra maduración integral, de nuestras propias enseñanzas, en aquello que directamente depende de nosotros.

Mucho existe por desbrozar, por enderezar y por construir. Pero la rectificación de rumbos y sistemas no podrá realizarse sino cuando los comandos estatales se hallen a cargo de conductores dotados de suficiente responsabilidad espiritual, de genuinos títulos de cultura.

131





**LA REFORMA  
AGRARIA**

**FUE ESCRITO ESTE ESTUDIO A INVITACION DE LA REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA, PARA EL NUMERO CONMEMORATIVO DE SU XXV ANIVERSARIO**





No es menester aceptar en su amplitud el extremo enunciado de Ratzel en torno a la calidad del hombre como "un pedazo de la tierra" para reconocer la inexorable relación —que entraña en ciertos casos un carácter de sujeción— respecto de aquél y el suelo que le sustenta.

Las condiciones de la corteza terrestre, que en un instante de su proceso de transformaciones hicieran posible la existencia humana, estarían suscitando el nexo inmanente que iba a marcar, con caracteres perdurables, el destino del hombre y de las sociedades.

El medio físico, como asiento de vida humana, tradúcese, no obstante, en formas y modalidades que en su inmensa variedad, así en el orden de características más o menos constantes como en el de las peculiaridades relativamente variables, comportan en sí mismas un cúmulo de posibilidades pero también una multiplicidad de contingencias. Relieve y fauna comarcana, radiación solar

y humedad, altura y temperatura, constitución físico-química del suelo y régimen de lluvias, condiciones de la circulación atmosférica y características del subsuelo, entre otros resortes del gran complejo telúrico, integran el dilatado escenario en el que ha de nacer, vivir, luchar y morir el ser humano. En determinadas etapas o en ciertas zonas, los medios para esa vida y su desenvolvimiento asoman propicios; y, en otra medida, sin duda en casos más frecuentes a través de las latitudes habitadas, prevalecen los signos adversos.

El primer problema, o mejor, el primer hecho que es dable suponer, representa la adaptación del hombre a las condiciones de su ambiente.

Cuando los primeros grupos hubieron de tratar de resistir la violencia de las intemperies, luchar con la fiera en permanente acecho, defenderse del morbo y del frío, buscar el sustento y el abrigo en contienda atroz con la naturaleza y hasta con sus semejantes—todavía entre la medrosa visión de un mundo ignoto, bajo los acicates del instinto en plenitud y la acción de un intelecto brumoso aún y titubeante—, hallábanse, sin embargo,

rindiendo el más doloroso aporte de ese primer esfuerzo.

Debía venir la segunda etapa como un apremio indeficiente de la inteligencia en su lento proceso de maduración, con vista, esta vez, de la adaptación de la tierra a los imperativos humanos.

Una dramática existencia de lucha a muerte por la supervivencia fue simplemente el ciclo inicial; y el hombre primitivo, como batido constantemente por adversos elementos, forzado a la inevitable inestabilidad en busca de recursos para vivir y subsistir, realizó la integración con sus semejantes en la horda nómada.

El nuevo y trascendental período, fruto ya de una cierta afirmación mental colectiva, sólo puede producirse en el instante en que el grupo se estabiliza con el arraigo de la tierra, aún antes de la aparición del estado: la mujer, centro y soporte del incipiente hogar en el núcleo matriarcal, había empezado el rudimentario cultivo de parcelas aledañas; las expectativas de su aprovechamiento y las necesidades de su vigilancia hubieron de determinar la fijación y la estabilidad del

grupo. La base económica y el nexo genético, entre otros, darían así principio a la nueva gran etapa del esfuerzo humano que debía definir esa final actitud del hombre ante el Cosmos: el ansia de subordinar los dones de la Naturaleza a los menesteres del hombre.

Si por sí sola es la mujer quien empieza la tarea del cuidado agrícola y la cosecha de frutos, en tanto el varón será el factor de otro orden de actividades, como la guerra y la caza, bien pronto será él también, y en modo primordial, el agente del cultivo de la tierra.

Actúa por entonces, bajo el impulso de la necesidad inmediata, de la mera y superficial observación de ciclos vividos y beneficiados, no sin la intervención de preocupaciones míticas. Es la labor de carácter invariablemente rutinario.

Mas, a base de tal actividad se conjugan diversas tareas, en las que actúan progresivamente sucesivas experiencias, el ingenio se aguza para el dominio de los mejores métodos, el don de iniciativa desempeña su papel, y el interés, individual y colectivo, en forma creciente, realiza el resto. Así se han esbozado y concretado los elementos de una técnica, esto es, la adecuación y el uso de un

conjunto de medios y procedimientos apropiados a los fines de la explotación de la tierra y de su consiguiente aprovechamiento. Fue ésta la técnica empírica que debía durar siglos y milenios y aún perdura virtualmente en una u otra forma en casi todos los países.

La Técnica científica, en este campo, igual que en todos los demás, debía llegar mucho más tarde. Bien se sabe que deriva del conocimiento científico de la realidad, o sea del dominio de las causas profundas de los fenómenos, de la posesión de las relaciones íntimas de causa a efecto, como atributos de la naturaleza de las cosas; propiamente, del conocimiento de leyes o principios. La Técnica, entonces, utiliza este saber y aplica esos principios inmutables como el único medio idóneo y mediante procedimientos adecuados, a fines predeterminados por la mente humana.

Los sistemas empíricos permitieron al hombre llenar sus necesidades en la medida de su limitado saber. Manifestaciones externas, operaciones mecánicas, realizaciones de rutina en el proceso agrícola, si cumplieron su papel con logros relativos, nunca podían determinar la seguridad de la cosecha, la cer-

teza de la calidad ni el provecho permanente. De la misma manera, en forma alguna fue dable que pudiese efectuarse una previsión valedera en relación con la masa de consumidores. La preocupación del dueño del poder no se extendía al interés de sus súbditos. También en esto, el predominio del más fuerte en todos los órdenes fue por entonces la regla de convivencia.

Así, pues, la Técnica científica, que sólo puede derivar de la Ciencia, en el orden y en la medida en que ésta es alcanzada por el hombre, y si ella representa simplemente el dominio de la verdad, esto es, la posesión en este caso de las leyes naturales, obvio es concebir que el desarrollo de las conquistas científicas del mundo moderno estarán en capacidad de permitir que la humanidad las utilice con plena eficacia para el cumplimiento de los más trascendentales fines inherentes a la vida y al desenvolvimiento de la especie.

En tal sentido y a expensas de una exigencia inaplazable se han orientado las naciones en busca de los caminos seguros que conduzcan a una conquista indispensable: el aprovechamiento de la tierra en todas sus

posibilidades, y luego, en una etapa más amplia de contemplaciones, el ajuste debido del conjunto humano con el ámbito físico que le sustenta, hasta alcanzar al fin el acoplamiento racional y equilibrado de cada núcleo social, pequeño o grande, con la porción del suelo que nutre su existencia.

Se trata de una movilización del esfuerzo científico a fondo en torno a todas las realidades de la tierra y su capacidad productiva en relación con las sociedades humanas, para derivar, correlativamente, toda la elaboración técnica consiguiente dirigida al bienestar colectivo. La penetración en el mundo de los hechos de carácter físico con su proyección en los procesos económicos ha de eslabonarse íntimamente con planteamientos capitales vinculados a la organización social.

Al considerar el agro en su ámbito universal asoma como un hecho patente que en la mayoría de los países, zonas y regiones, la producción de la tierra, que constituye la ba-

se primordial del sustento humano, hállese viciada y limitada, en conceptos diversos, por un conjunto de obstáculos cuya creciente gravedad amenaza, a muy cercanos plazos, las más agudas catástrofes a las bases mismas de la aparente estabilidad que la sociedad contemporánea vive.

La escasa producción agrícola del mundo, en relación con las necesidades que está destinada a llenar, emana, de un lado, del total empirismo de los métodos de cultivo en sus más vastas extensiones, del mantenimiento de grandes zonas desérticas, del agotamiento de los terrenos por obra de la erosión o del trato indebido; mientras, de otra suerte, prevalecen estructuras arcaicas que, al perpetuar injustos sistemas de absorción, han cerrado el paso a mejores posibilidades de reparto, de organización y tecnificación.

Adquiere mayor significado este problema si se considera que el acelerado crecimiento de la población del mundo está determinando, con mayor acentuación cada día, una gigantesca desproporción con la capacidad productora del suelo, aun concebido todo él como si tuviese índices normales de rendimiento. Si se ha calculado en un promedio

para la correcta alimentación de un individuo es menester una hectárea de terreno, ¿qué superficie de tierra aprovechable se hallará disponible en la actualidad, cuando los habitantes del planeta sobrepasan en número a los tres mil millones? Más todavía, ¿será posible contar con una mínima reserva —supuesta la satisfacción de las necesidades globales actuales— como previsión indispensable que cubra por lo menos las expectativas del inmediato crecimiento en marcha?

Cabe reconocerse que estos aspectos, de todas maneras, en su contenido de alcance universal, deben ser objeto de una confrontación independiente. No obstante, conviene empezar anotando que el nivel de longevidad, en todos los países, va subiendo de modo progresivo a medida que correlativamente la mortalidad retrocede gracias a los progresos que los conocimientos de las ciencias biológicas en lo humano van siendo aplicados por medio de nuevos e innumerables recursos modernos, como son la higiene general, la cirugía, vacunas, insecticidas, sueros, antibióticos, entre otros tantos arbitrios de la medicina preventiva y curativa. Por otra parte, los pueblos desnutridos, los de más escaso

desarrollo, que son los más en el globo, constituyen precisamente los conglomerados que alcanzan los máximos índices de natalidad. Hay que recordar que mientras en Europa el promedio del crecimiento demográfico llega a 0,8, en la América Latina y en el continente asiático por ejemplo, el coeficiente oscila alrededor de un 2,6. Es necesario considerar asimismo en toda su gravedad, el hecho patente que, en los actuales momentos, sin dejar de tomar en cuenta las defunciones, la Humanidad tiene ante sí cada día la carga de alimentar noventa mil seres nuevos. Y no se puede echar en olvido que estas cifras se modifican cada día, en consonancia con el propio desarrollo vital que las determina. Aún más, como desde este punto de vista la capacidad fisiológica humana deviene virtualmente ilimitada, las perspectivas tan sólo en una centuria más —si las indispensables medidas no llegan a ser adoptadas— habrán de plantear problemas de incalculable magnitud en el orden de la alimentación.

¿De dónde obtener normalmente los elementos que hayan de llenar esta necesidad? Mientras la Ciencia no esté en capacidad de producir síntesis químicas o bióticas u otro

tipo de sustancias nutritivas de fuentes naturales inexploradas, la respuesta siempre habrá de hallarse volviendo la mirada hacia la capa fértil de la tierra.

En este sentido, la realidad que concierne a este gran problema de la tierra comporta un asunto que reclama un enfoque con miras hacia radicales rectificaciones, o sea, el empeño transformador contemporáneo que se conoce con el enunciado de reforma agraria.

Y no es dable desconocer que, a través de la amplitud y la profundidad de esta materia, probablemente no hay país o conjunto humano que no requiera de un adecuado reajuste en este campo, reajuste que debe ser llevado a cabo con caracteres limitados o en vastas proporciones, entre circunstancias más o menos obvias o simples, o, como en la mayoría de los casos, con características de la más honda complejidad.

Vale mencionar, empero, que de hecho existen varias modalidades en las cuales ba-

jo tal invocación se auspician movimientos que no siempre responden a la genuina esencia del enunciado. Si existen planteamientos de alcance positivamente técnico y buscan sus realizaciones con leal espíritu de renovación, abundan casos en los cuales prima la sola inspiración demagógica o se produce meramente como recurso político de circunstancias.

La reforma agraria persigue la habilitación y rehabilitación de la tierra, la tecnificación de su cultivo, la organización de su uso, su producción y el reparto de sus frutos y, consiguientemente, la redistribución adecuada de su tenencia.

La trascendencia técnica de esta política social no puede conciliarse en modo alguno con la vulgar interpretación —vulgar, desca-minada e insustancial, por más que constituya en ciertos casos el obligado pregón de dirigentes políticos— que la vincula exclusivamente a la simple adjudicación de tierras a los campesinos que por sus condiciones se estima que las necesitan.

Es preciso entender que la reforma agraria entraña un objetivo inmediato estrechamente enlazado a un propósito de irrenunciable

contenido humano. Lo primero se traduce en el esfuerzo total, apoyado en la investigación científica necesaria, destinado a alcanzar el máximo rendimiento del agro; lo segundo es la organización de ese rendimiento para canalizarlo entre la máxima justicia social.

La Ciencia y la Tecnología modernas confieren a la inteligencia del hombre toda la responsabilidad frente al imperativo de encauzar la capacidad productora de la naturaleza, con solidez y estabilidad suficientes, en beneficio del sustento de la especie. Correlativamente, el aprovechamiento y la repartición de esos recursos deben ser puestos, en una u otra manera, al alcance de todos los hombres.

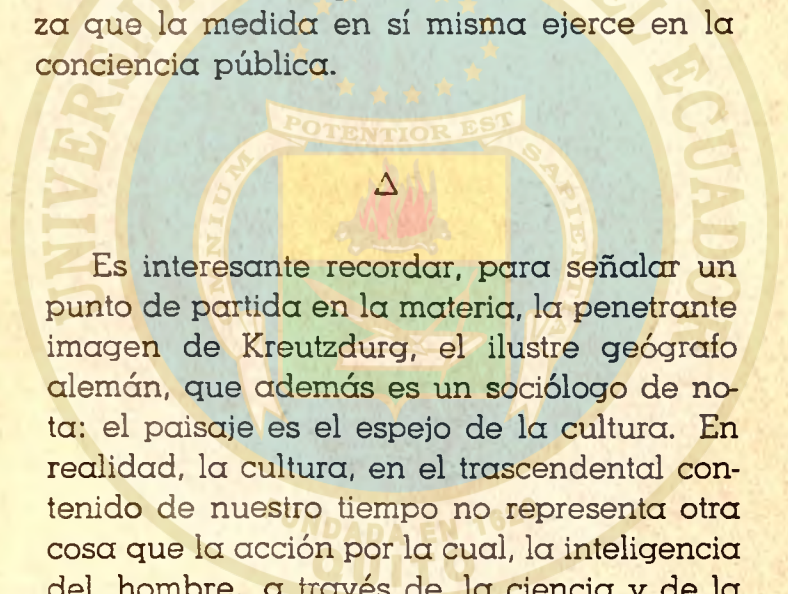
Planteamiento éste, cuyo contenido abarca una visión radical para la conquista de permanentes reivindicaciones humanas, descarta desde luego cierta objeción que procede de una plataforma circunscrita propiamente a una estrategia política vinculada a la lucha por el poder. Reza esta impugnación que la reforma agraria podría ser apenas una etapa más del triunfo del capital sobre la tierra, mejorando parcialmente la situación de cier-

to número de campesinos, pero con el objetivo de ampliar el mercado interior para la industria capitalista, buscando finalmente reproducir sobre bases nuevas los viejos fenómenos feudales de avasallamiento y colonización. Mas, por cierto, ya a simple vista asoma que la argumentación ha partido de un erróneo supuesto y el reparo destrúyese obviamente en su propio fundamento, con la mera consideración de la limitada premisa que le inspira, en tanto los alcances intrínsecos de la reforma están implicando la superación de procesos necesariamente transitorios, con la amplia mira que marcan los imperativos de la inteligencia y que persigue una justicia integral.

Si bajo aquellos principios básicos, la reforma agraria representa un apremio de significado y validez de trascendencia universal, los métodos de su aplicación y sus formas de proyectarse en cada ámbito geográfico y humano demandan obligadamente el previo enfoque parcial, específico y concreto que cada localidad y cada circunstancia de orden social estén aconsejando para las correspondientes realizaciones.

Arduo y vasto cometido, en que la inves-

tigación, la técnica y los principios han de actuar como instrumentos imprescindibles del estadista, no puede ser lanzado cediendo apenas a las premuras del interés político. En la magnitud y en la eficacia de la operación van comprometidos el destino de cada colectividad, la solvencia del poder público que la lleva acabo y el prestigio y la confianza que la medida en sí misma ejerce en la conciencia pública.

The background of the page features a large, faint watermark of the seal of the University of Ecuador. The seal is circular with a blue border containing the text "UNIVERSIDAD DEL ECUADOR" in white. Inside the circle is a yellow shield with a red and white design, topped by a banner that reads "POTENTIOR EST". Above the shield is a small triangle.

Es interesante recordar, para señalar un punto de partida en la materia, la penetrante imagen de Kreutzdurg, el ilustre geógrafo alemán, que además es un sociólogo de nota: el paisaje es el espejo de la cultura. En realidad, la cultura, en el trascendental contenido de nuestro tiempo no representa otra cosa que la acción por la cual, la inteligencia del hombre, a través de la ciencia y de la técnica, alcanza el dominio y correspondiente aprovechamiento de las fuerzas y recursos de la naturaleza para el mayor fortalecimiento de las virtualidades espirituales y consi-

guientemente el beneficio efectivo de la sociedad. Es así como el paisaje, en su esfera, denota la magnitud y la medida con que la acción humana, el poder de su patrimonio mental, ha sido capaz de subordinar a los requerimientos de la especie el medio físico que la sustenta. Cada región, cada zona, cada porción de tierra reflejará en su mera faz y en su contorno la característica espiritual del conglomerado que la vive. Donde quiera que la inteligencia y el esfuerzo se sumaron para dominar a la naturaleza o arrancar de su entraña los medios de subsistencia y de superación posibles y previsibles, las particularidades de la obra se demuestran de inmediato a la simple contemplación. Valgan de ejemplos en su género, en nuestra época, el litoral holandés o las campiñas israelíes. En contraste, cuán ingentes e innumerables asoman en todas las latitudes las expresiones de signo negativo.



La corteza terrestre susceptible de ser utilizada por el hombre se muestra en una obvia



multiplicidad de condiciones y rasgos en relación con la correspondiente variedad de factores que obran en cada caso. Dentro de tal multiplicidad, lo mismo que en la categoría de lo físico— y concordante con ella— en los órdenes humano y social, preséntase la diversidad como elemento constante y necesario. Nó únicamente por razón de los caracteres del relieve —que en las formas orográficas e hidrográficas determinan la realidad de las regiones naturales—, sino por la confluencia de rasgos de muy variada índole, los atributos de desemejanza imponen la más dilatada subdivisión en parcialidades geográficas.

Síguese, por consiguiente, que la contemplación de los problemas específicos de la tierra y del hombre no puede en manera alguna llevarse a cabo mediante fórmulas generales, vale decir, sistemas rígidamente aplicables por igual a todos los sectores. Si el objetivo, ya enunciado, de la máxima habilitación del medio físico —del agro, en el caso concreto— para los fines humanos, bajo el ideal de la justicia social, han de constituir, uno y otro, la inspiración permanente, la aplicación de la reforma y su eficaz planteamien-

to exigen por condición ineludible el previo enfoque parcial en cada comarca, el análisis preciso y objetivo de sus realidades telúricas y humanas. Cada suma de características y modalidades ha de determinar la pauta de los caminos a seguir y habrán de ser éstos más viables y eficaces en la medida de la más fiel y exacta captación de aquéllas. Planteamientos apriorísticos, supuestos abstractos o bases que no corresponden al ambiente específico de que se trata, no habrán de conducir sino a fórmulas inoperantes, determinando desde luego la inmediata frustración de los intentos. Tal es el destino irremediable de los ensayos apresurados en que por obra del trasplante o a expensas del estímulo meramente político lleva a cabo la demagogia, aunque no ignore las expectativas finales.

Los pasos iniciales han de contraerse, por lo mismo, en cada realidad a un conjunto de contemplaciones integrales en torno a los problemas mismos del agro. De la visión concreta de lo físico ha de avanzarse a sus proyecciones en el campo económico para penetrar finalmente en los órdenes que atañen al régimen institucional o consuetudinario de cada sociedad.

En el examen indispensable de las condiciones de la superficie agrícola o preagrícola, ha de registrarse la importancia del subsuelo, la constitución física y química del terreno, la topografía, los datos meteorológicos, la alternancia estacional, la humedad, la radiación solar, el régimen de lluvias, la fauna local, con todos sus exponentes, implicaciones y contingencias, las manifestaciones y posibilidades de la vida vegetal, entre otros varios factores. De tal conjunto de informaciones, en lo posible exhaustivas, ha de derivarse la obra primordial en este propio campo, no sin haber entrevisto las fundamentales proyecciones de esas realidades en el ámbito social.

Y entre los planes de un desarrollo agrícola ha de figurar, consiguientemente, en toda la amplia órbita en que fuere menester, la obra de salubridad integral, el saneamiento del suelo —como desecación de pantanos y extirpación de plagas—, la irrigación, el desbroce o la forestación, las vías de contacto, todos los elementos asequibles de higiene y de confort. Estas medidas básicas constituyen la condición necesaria de la reforma; y porque ellas son un ineludible basamento, su realización completa y concienzuda denotará

solvencia y recto propósito en sus agentes.

Vendrán en el instante los empeños constructivos de otra índole, en la organización técnica de la explotación de la tierra, el crédito agrícola, la asistencia sistematizada en dirección o asesoría, maquinarias, sementales, abonos, semillas e implementos todos para la faena agropecuaria; y, luego, regulación de la tenencia, parcelación y colonización, en las medidas apropiadas para cada realidad y cada circunstancia.

Estos últimos aspectos penetran desde luego en la entraña del problema social contemporáneo en relación con la cuestión agraria. Concierno a la contemplación de los recursos de la tierra frente a los conglomerados humanos, la coordinación de los objetivos del esfuerzo técnico con los trascendentales menesteres del bienestar social.

No será ocioso empezar recordando que ante las virtualidades de la acción de la ciencia, pierde su rigidez la llamada "ley del rendimiento decreciente de la tierra", explicable y fundada en su enunciado cuando apenas las formas empíricas hubieron de constituir el método predominante de toda actividad agrícola.



Si la tierra es una fundamental fuente de bienes y ella sustenta al vegetal y al animal y nos ofrece materiales para la habitación, el alimento y el vestido, entre otras incontables exigencias que atañen a la existencia humana, todas las implicaciones de ese aprovechamiento se hallan supeditadas al esfuerzo de cada conglomerado inteligente.

De esta realidad derivase por lo mismo un orden de relaciones que comporta la definitiva culminación del gran problema.

En tanto que la explotación del agro ha de realizarse por virtud de la acción del hombre y los recursos e instrumentos por él creados, al propio tiempo, la totalidad del beneficio hállese concebida también y de modo taxativo para servir al bien humano.

Es el hombre, pues, en definitiva —y en tal concepto es necesario comprender a la sociedad humana—, el elemento de la obra toda y el centro de convergencia de propósitos y realizaciones. De allí, en esta esfera, el postulado necesario de justicia social asume su plena vigencia, igual frente a la faena del núcleo que directamente lleva a cabo el esfuerzo, que en el ámbito total del conjunto humano al que deba ser destinada la produc-

ción que haya de alcanzarse.

Las dos miras esenciales de la reforma, de tal suerte, requieren una indispensable y sólida integración; constituyendo condiciones fundamentales de aquélla, necesitan compaginarse de modo permanente, coordinando sus programas en acción sincronizada.

El máximo rendimiento que ha de buscar arrancarse de la tierra, va dirigido al provecho real y equitativo de los humanos; y esta finalidad dejará de cumplirse, si aquella tarea de explotación no ha llegado a ceñirse a los dictados de una estricta y verdadera técnica.

En tal sentido, mantener el latifundio improductivo o bajo el dominio privilegiado y absorbente, aceptar el minifundio que no sostiene a su poseedor ni rinde los debidos frutos y constituye un óbice para la producción planificada, repartir tierras estériles, insalubres o desprovistas de comunicación o de asistencia, adjudicarlas en manos privadas de la necesaria técnica y de recursos adecuados, abordar la acción en el campo social antes de haber realizado la obra suficiente de rehabilitación del agro en forma que se lo haya puesto en las apropiadas condiciones

para el cultivo y la labor del hombre, medidas serán, cualesquiera de ellas, inspiradas apenas por un desaprensivo interés político y encaminadas virtualmente a malograr el positivo contenido del empeño y sus legítimas expectativas, determinando en la realidad un retraso irremisible en la marcha de la colectividad y en sus normales aspiraciones.

A la base, pues, de un prolijo esfuerzo, ajustado a previas investigaciones científicas, de la preparación técnica de la tierra en sus mayores y mejores posibilidades con vista a su más amplio rendimiento, procederá el planeamiento que concierne a la función directa del esfuerzo humano para su explotación y utilidad.

La reforma agraria persigue fundamentalmente un cambio social propicio derivado de los debidos rendimientos del agro. Por lo tanto, en estricta concordancia con aquel campo de acción técnicamente preparado, la primordial atención ha de dirigirse a la regulación de las formas y medios de aprovechamiento de esa fuente natural en medidas eficazmente orientadas a lograr el positivo beneficio para las colectividades.

Tal aspecto concierne al ordenamiento del manejo y de la tenencia de la tierra junto a la asistencia integral que incumbe a los organismos estatales.

Impónese un examen preliminar que determine, en cada caso, el porcentaje de la población que consagra su esfuerzo a la agricultura y persigue por medio de él los elementos básicos de su existencia. Esta realidad debe proyectarse para encauzar el necesario movimiento frente a las necesidades y posibilidades del conjunto nacional. De este último análisis y de la proporción de la renta nacional que sea imputable a la actividad agrícola ha de partir el cálculo de los rendimientos requeridos, ya sea por razón de la superficie dada, ya en concepto de la índole misma de los cultivos. Importa al propio tiempo apreciar, entre el sector consagrado a la producción agrícola, el volumen y condiciones varias de los bloques campesinos propiamente laborales, así como los sistemas de trabajo, formas de tenencia y promedios existentes de la renta por cabeza.

Ajustándose a una recta contemplación técnica será dable definir la posibilidad del régimen del latifundio en un papel de organi-

zación moderna, ceñida al genuino interés colectivo de una producción planificada, bajo un equilibrio de normas laborales justicieras, frente al caduco molde del latifundio consagrado en funesta estructura que ha malogrado la tierra, despoblado los campos, consagrado el acaparamiento de extensas superficies, y sumido al trabajador en la extorsión, con las más graves consecuencias económicas y sociales.

El problema del minifundio no necesita ser expuesto en las adversas características que para el campesino entraña; mas hay sí que contemplar en él las circunstancias en las cuales cada uno de sus peculiares aspectos deben ser prolijamente considerados a efecto de que en las medidas previstas en una reforma hayan de quedar excluidas todas las aciagas modalidades constitutivas de tal sistema. Hay que estimar, de todas suertes, la condición, entre otras, que lo que importa es la productividad de la parcela, antes que el área de la misma.

A base del postulado irrecusable de que el campesino ha menester de tierras para su existencia y su progreso, hay que insistir, con el mismo énfasis, en que toda acción que pre-

tenda satisfacer ese apremio quedará fallida en su origen, si el suelo carece de la aptitud debida y al individuo beneficiado le hace falta la capacitación básica y la asistencia económica y técnica suficientes.

¿Cómo cumplir la obra del rescate y aprovechamiento integral de la tierra, si, por parte del Estado no se la ha provisto de cuantos elementos son requeridos para que el hombre, sin dolor ni sacrificio, pueda beneficiarla con su esfuerzo? ¿En qué manera podría quedar satisfecho el propósito fundamental de justicia distributiva y bienestar social, en tanto una parcela adjudicada al campesino o a quien haya menester de ella no alcance a llenar todo el ámbito de necesidades humanas inherentes a su grupo familiar?

Toda reforma agraria debe cumplir ineludiblemente las necesarias condiciones para llevar a cabo una esencial y efectiva justicia social. Y en tanto ellas no alcancen a realizarse y su obra se halla en marcha, en busca de una máxima productividad, cabe atender al problema vital y premioso relacionado con la elevación del nivel de vida y de consumo

y el consiguiente reparto equitativo del ingreso.

Es, por lo mismo, la planificación integral el punto de partida del que nunca se puede prescindir en una reforma de esta naturaleza; el examen prolijo de cada realidad telúrica y cada circunstancia humana señalará los caminos y las necesarias etapas para el eficaz cumplimiento de los fines. En tal planificación puede apoyarse una transformación positiva en que partiendo de la promoción agropecuaria y sus derivados en el incremento industrial, asegure el desarrollo económico necesario dentro de una integración equilibrada de los factores de la producción y el consumo.

Pero para todos los casos es preciso empezar organizando un programa completo de investigaciones socioeconómicas de los mayores alcances y profundidad, sirviéndose para ello de un personal de probada solvencia en esta clase de estudios. El análisis objetivo de la realidad de un país requiere penetrarse en toda la complejidad de la materia —diversificada en las más variadas facetas, que va desde lo cósmico a lo social, lo mismo en el orden científico puro que en

el aplicado— y debe detenerse, por consiguiente, frente a la realidad de todos los sectores geográficos y a cada una de las variantes económicas, institucionales y sociales, a fin de recoger diferencias y matices para las soluciones que correspondan a cada región y a cada zona que en un mismo conjunto nacional es posible encontrar.

Consiguientemente, los planes en ejecución deben desenvolverse aplicándolos parcialmente, de conformidad con las concretas características de cada circunscripción, y ajustándose, al propio tiempo, a un sistema gradual y progresivo en forma de asegurar las debidas consistencia y estabilidad. En esta manera será dable, inclusive, contar con suficientes elementos informativos y prácticos, desde un limitado ámbito de realizaciones, aun antes de extender el cuerpo de reformas propuestas, aplicables a más dilatadas áreas o al conjunto de un país. En suma, una reforma agraria ha de procurar las transformaciones necesarias en función de cada tipo de modalidades tanto fundamentales como accidentales del país de que se trata. De ahí que, por otra parte, todo intento de adaptación de soluciones foráneas carecerá de validez y de

eficacia si no está comprobada de antemano una identidad de condiciones con el modelo—circunstancia muy difícil de presentarse—o no han sido realizados los convenientes reacondicionamientos previsibles para las nuevas fórmulas.



La América Latina constituye, en la hora presente, un centro de las mayores preocupaciones orientadas en busca de una reforma agraria en cada estado.

En esta parte del Hemisferio confluye, en efecto, un cúmulo de circunstancias y factores que se identifican con el contenido de la gran cuestión y cuya realidad reclama urgentes rectificaciones.

Un aspecto capital comporta el ominoso contraste existente entre una población campesina notoriamente mayoritaria en tierras que se mantienen inhábiles para sustentarla humanamente. La renta por cabeza, el nivel de vida y el nivel de consumo en esas masas manteniéndose en grados inferiores a ínfimas exigencias vitales en oposición con aquellos de los sectores mi-

noritarios que encarnan el privilegio económico y por ende el predominio político. Una de las expresiones de tal desequilibrio tiene su concreción, en lo concerniente al agro, en la realidad agobiante del latifundismo que, por lo absorbente, desarticulado de las economías nacionales y expoliador del trabajador agrícola —aunque tal modalidad no sea exclusiva de estas zonas del mundo—, representa, entre otros aspectos, una de las más adversas formas de la vieja estructura. Cabe recordarse que tan sólo la República Mexicana supo tomar la iniciativa preocupándose de dar pasos de efectiva rectificación en este orden, cuando ya en su Carta Política de 1917 hubo de sistematizar en forma una nueva política agraria (1).

Entre tanto, el crecimiento demográfico en el Continente, característicamente explosivo en los bloques humanos más necesitados, agudiza y agranda, aceleradamente, con el paso de los días, los grados de su miseria. La

---

(1) Fue el autor de estas líneas quien en el Ecuador, por primera vez, en 1932, trazó programa y planes de una reforma agraria en su obra de Tesis previa al grado de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, titulada "El Campesino Ecuatoriano".



progresiva disparidad actúa con peso inexorable, junto a aquel inveterado abandono del agro inmenso, su cultivo rutinario que empeora cotidianamente el empobrecimiento de la capa vegetal. En conjunto, una realidad económica de los más adversos signos y en la que, si el mayor potencial de riqueza que comporta la actividad agrícola —llevada entre tan aciagas formas— tiene su primordial papel y beneficio en el suministro de materias primas de inciertos rendimientos, carece, en cambio, de un desarrollo industrial que, en el momento, alcanzaría a constituir un soporte sustancialmente apreciable de su economía.

Toda esta situación, por otra parte, se torna en extremo dramática, desde todas las contemplaciones, en los países en los que persiste la población indígena asentada en el agro y dependiente de él como base única de su supervivencia.

La América Latina, de tal suerte, cuya población en mayorías inmensas, cada hora incrementadas, desfallece entre las más infortunadas condiciones de vida sobre un suelo potencialmente cargado de riquezas ilímites, tiene ante sí, como imperativo insoslayable y apremiante, la tarea de una reforma agraria.



En las horas actuales, cada uno de estos países pareciera que se esfuerzan por llevar a cabo la obra, estimulados sus gobiernos por la incitación y la gran ayuda integral brindadas por los Estados Unidos de Norteamérica en sus programas denominados Alianza para el Progreso, formalmente consagrados en acuerdos multilaterales de los estados que integran el conglomerado hemisférico. El auxilio económico y la asesoría técnica para esta empresa de desarrollo social representan en realidad el punto de apoyo fundamental para la efectividad del intento. No obstante, los caminos de la ejecución, obviamente en manos de los personeros de la gestión pública, de las funciones legislativa y administradora, así como la adecuación de los mecanismos idóneos, requieren condiciones y calidades que habrán de ser decisivas para el buen éxito o para la frustración del empeño.

Desafortunadamente, en más de uno de los intentos o experiencias que hasta la presente han venido realizándose, ha sido dable advertir que el afán predominante en facto-

res locales de la obra ha radicado, antes que en el objetivo esencial del acrecentamiento efectivo de la producción y en el anhelo sincero de justicia social, en la proyección inmediata de significado político.

En este gran problema, siempre es necesario volver a la consideración del hecho cardinal del proceso demográfico. Su intenso, progresivo incremento en la América Latina determina un proporcionado aumento de necesidades cuantitativa y cualitativamente. Por esto, desde el ángulo de la realidad brevemente expuesta, mantener las cosas como se hallan, no implicará simplemente el caso de un estado estacionario, sino un palpable proceso de regresión. Y este camino, estimadas la gravedad de las circunstancias y la magnitud creciente de nuestro conjunto humano, no entraña otra expectativa que el colapso a pasos acelerados.

Necesitamos descubrir humildemente nuestra desvalida realidad, recogernos, laborar sin estridencias ni desvíos. Ya no podemos volver los ojos atrás, porque el Mundo marcha y se transforma entre giros veloces y el futuro que debemos rescatar puede sorpren-

dernos el propio día de mañana.

Hay que dignificar al hombre y ennoblecer la tierra, habilitándola en la plenitud para el servicio de la sociedad. Mas, esta obra sólo puede llevar a cabo la inteligencia fría, metódica y paciente, sin las trastiendas del personalismo aprovechador ni el efugio sensiblero de la demagogia.

Y siempre será oportuno reflexionar sobre que, de la reforma agraria, obra de ciencia, de técnica y de noble idealismo —igual que de otros cometidos de la función pública—, cabría decirse, parodiando el pensamiento del estadista de la vieja Francia: es tarea demasiado ardua para que sea puesta en manos de los políticos.

FUNDADA EN 1620  
QUITO



**UNA POLITICA DE  
CONVIVENCIA**



Está fuera de toda duda que el Mundo va desembocando en la actualidad a su proceso más crítico y decisivo, en medida tal que no tiene parecido en la historia. No tan sólo porque se halla en juego el porvenir de los pueblos y el destino de los hombres a través de formas diametralmente opuestas de concebir el rol de la existencia humana, de orientar los caminos de la convivencia, de resolver los problemas de la subsistencia, sino por las vehementes inminencias de la crisis máxima que se acentúa sobre el Mundo.

No es menester detenerse a señalar y valorizar en estas líneas el contenido y las proyecciones de cada corriente, si, por lo demás, criterios y posiciones hállanse, en modo general, definidos. Mas, el hecho trascendental de las dramáticas horas que vivimos radica en que la táctica de absorción, que constituye el final objetivo del un bando, trata de imponerse y afianzarse aceleradamente, sirviéndose del más certero de los procedimien-

tos. Queremos referirnos a la fórmula consistente en la llamada coexistencia pacífica.

Conocida es la clásica posición que Marx y Lenin imponen al comunismo en su designio de dominación universal, buscando previamente acabar con todo vestigio del sistema capitalista mediante la destrucción violenta de tales regímenes en el Mundo. No fue otra la línea staliniana, siempre ajustada a la aspiración de un triunfo integral por medios militares o, de todas maneras, radicales y sangrientos. Pero la etapa presente se define por un nuevo rumbo que, adoptado inicialmente por el propio Stalin en etapas posteriores, ha cobrado, por obra de Krushev, los más dilatados relieves propagandísticos.

Concrétase esta modalidad en aquella postura mediante la cual, frente a los viejos planteamientos de la guerra total —que actualmente se pretende subsistan, por parte del ala comunista china— el jefe soviético ruso ofrece el señuelo de una política de convivencia, por más que, en sustancia, tal postura contradiga en su raíz el postulado marxista de la lucha de clases.

La posición china, al mantener la necesidad de la extirpación violenta y total del



capitalismo, apoyándose en los dictados de Lenin, pretende desestimar la magnitud de las consecuencias destructoras de una guerra nuclear y contempla en todo caso cierto modo de invulnerabilidad en las dimensiones de su propio territorio y en que su población, diseminada como en infinitos hormigueros, habría de sobrevivir a las potencias que llama imperialistas, para edificar sobre sus ruinas e imponer la nueva civilización de molde rígidamente comunista sobre el planeta. Se aferra, en suma, al viejo dogma de la implacable lucha revolucionaria, condenando toda tregua o política de conciliación con el capitalismo como una abierta traición a los postulados esenciales de la doctrina marxista.

En manera tal, la actitud rusa de propugnar por boca de Krushev la política de la coexistencia pacífica, como que estuviese tendiendo la mano hacia una relación conciliadora.

Suele darse por establecido que, en el campo de los principios, esta posición podría comportar normalmente el camino civilizado y humano de una comprensión respetuosa y de un consciente pacifismo. Ha llegado a insinuarse, inclusive, que aún daríase lugar a

un orden de competencias mediante el que, sin hostilidad, cada sistema se dirigiese a demostrar en su correspondiente sector geográfico, la bondad de sus métodos y la eficiencia de sus resultados, para resolver los problemas humanos y sociales y tratar de poner en evidencia su capacidad para alcanzar el máximo bienestar de los asociados. No han faltado diplomáticos entusiastas de ambos bandos que hubieron de hallar que esta modalidad, sustentada sin aviesos propósitos y practicada honestamente, significaría el advenimiento de una categoría de relación a expensas de la que las dos grandes órbitas antagónicas moveríanse ciñéndose a un espíritu de convivencia genuina que, por lo mismo que se dice pacífica, habría de canalizarse por procedimientos que aseguren recíprocamente el irrestricto acatamiento a la dignidad de la persona humana y a la soberanía de los estados.

Grandes y notorias realidades, lo mismo que hechos aparentemente aislados, imponen, sin embargo, que la postura soviética de la convivencia pacífica debe ser analizada, así fuere en sus más ostensibles rasgos.

Y no bastará mirar tan sólo las formas concretas de aquella posición, pues interesa, aún más, examinar la propia sustancia doctrinaria de la que emanan esos hechos, sus métodos peculiares derivados de postulados básicos y, más todavía, planteamientos conexos enunciados por el señor Krushev, como han venido a ser la denominada postura anticolonialista y el mantenimiento de la guerra fría por todos los frentes.

Ante todo, de la última Conferencia en la cumbre llevada a cabo en Viena, no únicamente no aparecieron indicios de ningún género que guardasen armonía con la línea de coexistencia pacífica que con tanta insistencia venía alardeándose, sino que, aún más, reapareció en su plenitud el perfil de la intemperancia staliniana. Comenzó descubriendo el primer ministro soviético, con el desfado y el aplomo que le son habituales, el fondo permanente de su inspiración, el medular objetivo de todas sus actitudes, cuando se solazó en anunciar, en forma altisonante, el triunfo mundial del comunismo (¿Puede compaginarse el concepto de esta coexistencia pacífica cuando se predice la anu-

lación de la otra parte por acto del adversario?). Y en el único punto que manifestó una disposición al acuerdo, en el conflicto de Laos, la suspensión de hostilidades prometida devino apenas un recurso verbal de circunstancias o una cómoda salida del compromiso, porque al amparo de aquel convenio, las fuerzas comunistas supieron intensificar su campaña agresora y siguieron extendiendo su conquista para dar paso a una nueva victoria en la constitución de un gobierno denominado neutralista, cuyo ineludible papel ha de reducirse finalmente a permitir profundizar sus cosechas a los agentes de Pekin.

Tratándose ya de la posición en sí misma de la convivencia pacífica, cabe señalar que ella resuélvese, por lo menos, en tres facetas concurrentes en cada una de las cuales se hallan implicadas variadas formas que llevan la finalidad de dar aceleración y ambiente a la expansión comunista. Así podemos ver, por una parte, los recursos y procedimientos que esa política en sí misma entraña; luego, la acción derivada de la tesis del anticolonialismo; y, por fin, las modalidades y efectos propagandísticos de la guerra fría, en cu-

yos programas se cifran los designios de la línea política general. Trátase, pues, en realidad, de un conjunto de caminos y modos que se dirigen a cumplir, sin comprometerse en las contingencias o en los sacrificios de la contienda real y efectivamente bélica, los consabidos propósitos de dominación universal.

Contemplados panorámicamente los cuadros de la pugna mundial, no es dable, ciertamente, desconocer en su objetividad una faz de la cuestión: hay que empezar estableciendo que el señor Kruschew se ajusta llanamente a dar el más eficaz cumplimiento a una misión impuesta por su impetuosa vocación, la que marcó a su vez el arranque de su destino político.

La táctica —que así debe llamarse— de la convivencia pacífica permite a Moscú las manos expeditas y el camino abierto para continuar desde fuera, en el mundo libre, la infiltración sistemática y suscitar, por todos los medios a su alcance, la explosión interna. Estos dos objetivos tienen un vehículo eficaz y a veces infalible, en el que obra desde luego básicamente el esfuerzo de la propaganda y la consiguiente agitación: los partidos comunistas. Estos viven y prosperan

cabalmente, por singular paradoja, bajo la plena protección que les prodiga la libertad institucional de los estados del mundo occidental.

La primera y fundamental concreción de esa convivencia obra a través de las relaciones diplomáticas. Si éstas aún no han llegado a establecerse, no faltarán otras formas de obvia penetración, cuyo movimiento estará siempre garantizado por los sistemas democráticos.

La representación estatal actúa con procedimientos que han venido consagrándose ya casi sin protesta: las misiones diplomáticas del Soviet y de cada uno de sus satélites hallaránse constituídas por un personal cuyo número excede en modo casi inverosímil para las circunstancias a todas las prácticas normales en este orden; inversamente, el personal del mundo libre en Moscú, en Praga, en Varsovia o en donde fuere, se limita a los efectivos estrictamente indispensables. Y en tanto éstos hallanse constreñidos férreamente en sus movimientos y actividades, a menudo con violación de toda práctica internacional, aquéllos, en el mundo libre, usarán en plenitud y, sobre todo, abusarán sin medida de los

privilegios inherentes a su investidura.

De esta sola realidad parten ya inmensos recursos de penetración a través de un ejército de agregados que sabrán desenvolver su cometido, con metódica precisión y eficiencia, lo mismo en los contactos francos y desembarazados que en múltiples intrigas clandestinas, en variados sistemas de soborno y en la dirección y acción del espionaje. Sobre esta materia, entre tantas denuncias que pueden considerarse autorizadas, tiene especial significado aquella formalmente expuesta por el ex Presidente del Consejo Nacional del Gobierno de la República del Uruguay, Benito Nardone. Y sirviéndose de organismos sindicales y de relaciones culturales, de misiones técnicas y de contactos económicos y comerciales, de difusión artística y hasta de competencias deportivas, alcanza la vigencia del plan, fríamente premeditado y eficazmente organizado y realizado, de coordinadas maniobras para la final conquista perseguida. Sectores universitarios, grupos intelectuales y de modo especial los vastos conjuntos de trabajadores manuales habrán de constituir los campos de los más intensos ajetreos para la consiguiente captación. Toman-

do como punto de apoyo el núcleo principal de la agitación que son las minorías comunistas, pero usando constantemente de depurados sistemas de simulación, la infiltración alcanza formas y concreciones no sospechadas.

Jamás en el Mundo, en el orden de las contiendas políticas, se ofreció el caso con tan radicales caracteres en que un credo de alcance definitivamente universal desborde en sus impulsos expansivos los móviles de la conciencia colectiva, de la acción y de la lucha, por encima de las fronteras, de las nacionalidades y de las razas. La fuerza de penetración y el audaz vigor de la beligerancia, maestramente orientadas y alimentadas, de las minorías comunistas en cualesquiera de los países democráticos conviérteles en bastiones poco menos que ineluctables.

No es menester detenerse a señalar cuantas maneras y procedimientos del más aguzado ingenio, frutos de largas experiencias conspirativas en el mundo, son puestas en juego, en obediencia a las pertinentes instrucciones de los **burós** moscovitas y de sus agentes locales. Suelen ser directivas tanto permanentes como circunstanciales, me-

ticulosamente elaboradas en función del específico intento y de las condiciones reales propias de cada zona. La invocación de la paz, como anhelo, como objetivo, como bandera de propaganda y como elemento de unificación, constituye el reclamo constante para el máximo incremento de prosélitos de buena y mala fé. El hincapié de esta campaña consiste en dar por establecido el belicismo de las potencias occidentales, para asumir el liderato del ideal pacifista y del propósito de convivencia, con el fin de inducir a los pueblos a su órbita, a través de estos anhelos.

Todo este complejo engranaje de arbitrios y expedientes consigue, como es dable suponer, sus resultados más fructíferos entre pueblos subdesarrollados. Sus características humanas y sociales dan suficiente pábulo para estimular y encender el fervor revolucionario en las sociedades de masas, cuyos conglomerados en general desprovistos de toda cultura, encarnarán las mejores condiciones para encadenar su conciencia y dirigir su acción. Allí también el político logrero y el demagogo profesional, lo mismo como aliado que como adversario vulnerable en el poder, habrán de constituirse en agentes coadyu-

vantes, conscientes o inconscientes, de la conjura internacional.

Y el proceso de subversión, en largo o en corto plazo, ha de dar su resultante en el estallido revolucionario, que puede manifestarse desde el primer instante en su abierta faz de alcance comunista, o proceder, como en el caso cubano, sin escándalo ni estridencias iniciales, en pasos sucesivos, hasta desembocar sin embozo en órbita, dirección y acción, con métodos y personeros rusos, chinos y checoslovacos. Por cierto, lo buscado en todo instante es que la insurrección aparezca como el pronunciamiento y la expresión genuinos del pueblo.

¿Para qué, entonces, la guerra? La maniobra pertinaz, fría pero técnicamente dirigida en cada uno de los países de la zona libre, plantea expectativas seguras y rutas expeditas, sin necesidad del recurso de la destrucción ni los graves peligros de la represalia.

Y he aquí que, al fin, en forma más terminante y explícita que en otras ocasiones, en los propios días de la última crisis de Berlín, el señor Krushev ha arrojado la careta

expresando que "los rusos están contra la guerra", pero prediciendo luego que "la humanidad se hará comunista sin necesidad de conflictos bélicos".

Tampoco se debe olvidar que la tesis de la convivencia pacífica, de otra suerte, comporta simplemente una cortina del apaciguamiento; y muy cercanas se hallan las experiencias que guarda la humanidad acerca de que la política de apaciguamientos es apenas la puerta franca para mayores conquistas por parte del agresor. Es muy significativo que, finalmente el Presidente de los Estados Unidos de América, esforzándose ya por encarar esta realidad, se ha referido en un momento a la coexistencia pacífica señalando, en perspicaz expresión, el obvio contenido que ella entraña para la intención soviética: "lo mío es mío; lo tuyo ha de ser negociado".

La denominada posición anticolonialista no representa sino un soporte auxiliar, aunque muy eficaz, de la política de coexistencia pacífica con su proyección específica en la guerra fría. En realidad, no comporta nada diverso que un alucinante slogan destinado a la captación de determinados pueblos, de

vastas zonas, y su ulterior incorporación, en un proceso adecuadamente preparado, al mundo comunista. Sobre esta línea política, el método en sí mismo, la intención y el objetivo han puéstose en clarísima evidencia y ya no es posible llamarse a engaño. Muchas veces, esta llamada lucha anticolonialista, antiimperialista, llega a confundirse con una lucha contra los gobiernos no comunistas y suelen calificarlas de guerras de los pueblos por su liberación nacional, ayudadas a fondo por los países comunistas, pero que se pretende hacerlas aparecer como explosiones espontáneas de aquellos pueblos. El objetivo es siempre el mismo.

Con tal pregón de ataque, el comunismo no únicamente persigue allanar el camino para conseguir la posesión de un continente y otro, sino, además, haciendo uso de la habitual estrategia del demagogo, busca encubrir su propio acto, anticipándose a imputarlo al adversario. Pretende con tal manobra erigirse en el adalid de la paz, de la justicia y de la libertad de los pueblos.

Bien conocida es, por cierto, la trayectoria comunista en esta materia. Se ha calculado en casi ochocientos millones de seres huma-

nos los que han sido sucesivamente sometidos a su imperio, sirviéndose de todos los medios que le son usuales. Larga es la lista de zonas y de naciones. Comenzando por la sección de Karelia usurpada a Finlandia, la acometida insaciable ocupa parte de Polonia, las tres naciones bálticas que siguieron a Ucrania, Georgia, Armenia, Rusia Blanca; y luego en etapa subsiguiente, Checoeslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania, la Alemania Oriental y el Norte de Corea, y, con el régimen gemelo de China, al que ayudó, el nuevo estado de Vietnam del Norte. El proceso en marcha que viene culminando ya en la América hispana con el régimen castrista, asoma ahincando sus empeños para poner en ejecución todos sus recursos y, entre ellos, desde luego, el consabido clamor antinorteamericano, bajo la misma divisa de ataque al imperialismo.

Mas, aquí no se puede dejar de mencionar, entre otros aspectos, que, si por una parte, los Estados Unidos de América no tienen colonias, los testimonios de ayuda humanitaria de ese País destruyen toda imputación de la naturaleza aquella, ya tan sólo recordando los beneficios del Plan Marshall y los ac-

tuales de Alianza para el Progreso, para no enunciar sino lo de mayor envergadura. Y en tanto que posesiones y dominios de las potencias de Europa han salido y siguen saliendo a la condición de soberanos por obra del aliento cultural y la escuela de ordenación política recibidos del Viejo Mundo, no se puede dejar de contemplar la gran realidad histórica en que se asientan no pocas nacionalidades contemporáneas de inmenso destino. Recuérdese, además, el conjunto de naciones del Continente Americano al que la egregia España, en su obra colonizadora, alimentó, configuró y dio lozana madurez con su sangre y con su espíritu.

En cambio, las naciones —que así deben llamárselas— sometidas al yugo del bloque ruso-chino, encarnan sólidos grupos de vieja raigambre y bien definida tradición cuya personalidad viene de lejos en los planos étnico, cultural y político. Y lo mismo de Lituania, Hungría o el Tibet, por ejemplo, nunca puede afirmarse que se hayan agregado voluntariamente al régimen que los sojuzga; pues, por una parte, ya se sabe, las condiciones de superior violencia en que fueron sometidos, y, de otro lado, hoy sus pueblos se hallan

muy lejos de la posibilidad de expresar su genuina voluntad.

Bien cabe, pues, destacar que, al tenor del régimen impuesto en cada uno de estos pueblos, el precitado anuncio del dominio final del comunismo en el Mundo, no significa sino la proclamación de la hegemonía del Soviet Supremo, o sea, en realidad, la plena y patente consagración del más absoluto sistema imperialista en escala universal.

De allí que, en este aspecto, la tendencia fundamental del comunismo se dirige a deshacer todo nexo de países vinculados a los Estados Unidos de América, así por una relación de carácter económico o por una solidaridad política en el ámbito democrático. Búscase primordialmente conseguir el mayor debilitamiento del crédito de este País, anulando su influjo internacional, destruyendo sus lazos económicos y comerciales, concitando por todos los medios la animadversión de pueblos beneficiados y de naciones amigas.

Una campaña en escala relativamente menor, aunque no menos firme, actúa contra los países europeos que conservan colonias y otras relaciones que comportan un ascendiente de alcances políticos.

Y el anticolonialismo, así, no entraña otro contenido que la finalidad, sapientemente dirigida, de ocupar el lugar de los estados acusados de imperialistas; mas, por cierto, con los métodos de absorbente y tiránica sujeción universalmente conocidos en la dominación soviética.

En el Africa se ha intensificado la acción haciendo uso de los más hábiles recursos, con resultados positivamente propicios para los anhelos del comunismo y, sin duda alguna, con expectativas de mayores logros a corto o largo plazo. En las zonas asiáticas, por otro lado, continúan los más atrevidos planes en marcha. En todos estos casos conviene tener presente que, siempre, las posibilidades del buen éxito se producen en relación inversa con el grado de cultura de los pueblos amagados. La política de una sagaz infiltración surte más firmes efectos en tanto actúa entre masas ingenuas y desprevenidas; y la siembra y propaganda a través de grupos de nativos, adecuadamente amaestrados en Praga y Moscú, están alcanzando, en más de un pueblo africano, resultados de notoria efectividad para la extensión de la campaña marxista.

La América Latina, a la vez, es el teatro en donde, en los últimos tiempos, la consigna de este tipo de esfuerzos está adquiriendo los caracteres de una cruzada en grande. Conquistada la Isla antillana como una valiosísima cabeza de puente, han surgido de pronto los más amplios recursos para el eficaz cumplimiento de los designios soviéticos. Han podido salir a la luz aun cifras precisas de ingentes capitales que para tal fin han sido destinados y los planes en tal manera alimentados se hallan en las mejores condiciones de desenvolverse bajo un auspicio que afianza eficazmente los resultados.

En estas partes de América, por supuesto, en la bandera de lucha contra el imperialismo norteamericano preténdese cifrar la razón de ser más saliente de la campaña. En estos países, las condiciones corrientemente adversas en ciertos campos y especialmente en el económico, constituyen a la vez el sólido punto de apoyo para la propaganda entre las masas, agobiadas ciertamente y en grandes proporciones por la miseria, la ignorancia y la enfermedad.

Y la coexistencia pacífica viene coordi-

nándose, aunque parezca extraño y paradójico, con la guerra fría. Naturalmente, el instrumento de propaganda radica en la apelación a la paz, juntamente con los consabidos lemas. He aquí las palabras del señor Kru-shev pronunciadas en el XXI Congreso de partidos comunistas: "La mayoría de los países coloniales y semicoloniales, que no hace mucho constituían las reservas y la retaguardia del imperialismo, han perdido ya ese carácter. Como resultado de una prolongada lucha de los pueblos, esos países se han convertido en fuerzas activas de la paz. Luchan contra el imperialismo y el colonialismo, luchan por la libertad y la independencia nacional y se pronuncian por la coexistencia pacífica... Además, en los países capitalistas existen, aparte de los partidos comunistas, partidos socialistas y obreros... que se pronuncian en favor de la paz... Concedamos a los pueblos la posibilidad de optar ellos mismos por el régimen social que mejor respon-da a sus intereses..." "...Se ha intensificado la lucha de los pueblos de la América Latina contra el yugo del imperialismo norteamericano. Se han puesto en movimiento los pueblos de Asia y Africa. Los pueblos

afroasiáticos que han obtenido su libertad nacional quieren decidir ellos mismos sus destinos. Más que nunca necesitan condiciones pacíficas. Las grandes potencias deben comprometerse a respetar sagradamente la soberanía de los pueblos del Oriente árabe y del África..."

La guerra fría pone en juego la acción de todos los posibles recursos que tiene a mano el comunismo mundial, con la sola exclusión de la lucha propiamente bélica.

Na cabría en los marcos de este breve análisis la debida mención del inmenso engranaje de sistemas y medios y circunstancias que las directivas comunistas están poniendo en práctica en esta fabulosa campaña, implacablemente agresora, de alcances universales.

En realidad, se trata de una gigantesca guerra en marcha, en todos los frentes concebibles. Periódicamente van saliendo de Moscú y de otros centros, agentes sin número, esmeradamente adiestrados, para dirigir y desenvolver su cometido en todas las zonas a ello destinadas. Dentro del extraordinario auge alcanzado en la existencia

moderna por las sociedades de masas, la captación y conducción de éstas, por los mejores métodos y técnicas, constituyen objetivos permanentes. De ellas se derivan conquistas básicas. Con el primordial apoyo de los partidos comunistas nacionales, la organización de diversos tipos de frentes de lucha, adecuadamente disfrazados y nominados en armonía con las condiciones locales, permiten aprovechar al máximo las circunstancias de cada país. Con la mira constante en la subversión, vendrán desde luego todas las formas de penetración en sectores oficiales y obreros, militares y culturales. Y allí la propaganda múltiple, el sabotaje, la organización de la huelga, el terrorismo, el cohecho, el espionaje y la amenaza; todos los métodos y formas de convulsión, en suma. ¿Por qué detenerse en medios?

Todo este enjambre de operaciones hállese prosperando casi sin interferencias, bajo la cómoda plataforma de la coexistencia pacífica y a la sombra de las imperturbables garantías ofrecidas por las instituciones ingenuamente liberales de los propios estados sometidos a este régimen de penetración.



Se hallan, pues, los destinos del Mundo ante el planteamiento de una política o de un sistema de regulación de las corrientes de filosofía antagónica que se disputan el dominio de los pueblos. La tesis, con evidencia, reviste la categoría de un postulado pragmático, difícilmente controvertible en sí misma, por lo mismo que entraña la apariencia de una equilibrada solución de paz, entre un clima cargado de catastróficos presagios.

Se denuncia en esta política toda una madura premeditación, un planeamiento sagaz y cuidadosamente concebido, elaborado con certera precisión, como una estrategia de largo alcance. Y tan claro designio se destaca sin embozos, lo mismo en la obvia razón de ser del sólo enunciado como tal, igualmente que en la pertinaz insistencia en recalcarla y difundirla. Al propio tiempo que es bandera de propaganda, cumple a su amparo con el papel primordial que comporta el positivo fin. Los objetivos comienzan a surtir sus efectos a lo largo de la asidua campaña que alienta raíces de persuasión entre las masas, pretende obtener el acatamiento de la con-

ciencia internacional y torna cotidianamente a renovar su slogan retador a los estados émulos.

No tiene trazas de enigma el que el desenvolvimiento de este programa ha llevado su mejor garantía a través de los marcos rígidos del mecanismo estatal soviético, donde la directiva inapelable aplícase por carriles de disciplina sin alternativa posible y el secreto constituye la consigna permanente.

Y como conductor e instrumento al mismo tiempo de este sistema de doctrina y de acción, el señor Krushev está encarnando tal vez el más pujante personero de todos los tiempos de los cuadros soviéticos. Es verdad que la figura política y psicológica del dictador ruso ha sido analizada, discutida e interpretada al sabor de incontables comentadores de todas las banderías. Mas, hallando en él resumidas muchas de las cualidades y defectos peculiares del conglomerado eslavo, en modo alguno será dable desconocer los rasgos personales mejor logrados para el papel que le incumbe llevar a cabo en su condición de líder del comunismo contemporáneo. Sus briosas ejecutorias de batallador han puesto en evidencia su precisión y su

eficacia lo mismo a través de su pericia casi infalible en su marcha hacia la conquista del poder supremo, que en el juego de sus fintas y maniobras en el escenario de la política mundial. Sobre un potente bagaje de intelecto, metódico, obstinado, calculador, lleva la fuerza auxiliar permanente de una suprema astucia que mueve sus actos y actitudes certeramente canalizados por una singular agilidad mental y una capacidad abrumadora de conocimiento de los hombres. Y allí, como sus dones indeficientes, la audacia y el ímpetu, el cinismo sin parecido y la sevicia que nunca conoció inhibiciones. Dueño de pasmosa aptitud para el trabajo, domado en bravías luchas, lúcido espectador en sus primeras épocas, actor infatigable la mayor parte de su vida, víctima alguna vez y verdugo casi siempre, en un teatro de inhumanas pasiones, encaminó sistemáticamente sus pasos en inexorable escala ascendente. Supo conquistar cuanto buscó y llegó a donde se propuso, por encima de obstáculos que para sus contrincantes fueron infranqueables. Su historia no es otra cosa que una fabulosa capacidad de dominio. Hizo en tal forma suya la dictadura que definiera Lenin: el poder sin

límites, directamente sustentado en la fuerza, libre de toda restricción de leyes o de principios. Quien le suceda, no será muy diverso.

Y es esta tremenda fuerza humana, equipada con toda la gigantesca potencia de un estado sumiso, dueño de suficientes recursos humanos, económicos y técnicos, el inexhausto aliento de aquellas encarecida panacea de la convivencia universal.

Confrontados en su desnudez y en los procesos vividos hasta el presente, los designios soviéticos a expensas de la fórmula, llevan camino de alcanzar el éxito previsto y anhelado.

Sin embargo, no es dable echar en olvido que hay un juego de equilibrios psicológicos que mueve y contrarresta sin cesar, con impulsos que tienden a equipararse, las corrientes sociales y políticas en pugna, cuando éstas envuelven aspiraciones o intereses de grandes bloques humanos, con caracteres de conflicto masivo. Esta vez ese conflicto reviste tan caudalosa magnitud como que entraña dos modos de concebir la vida, dos vertientes diversas para lo anímico, lo político, lo

económico. Este problema, por cierto, impondría una consideración aparte.

Si el propio señor Kruschév en un momento conmina a los occidentales con un "os enterraremos", en otro instante —reciente congreso comunista de Berlín— advierte, a pesar de todo, sinceramente: "Una guerra termonuclear devastaría el mundo entero y, aunque el capitalismo quedara aniquilado, es imposible imaginar la instauración del comunismo sobre una tierra convertida en desierto. Mis científicos me propusieron la fabricación de una bomba de cien megatones. La cosa es posible. Pero añadieron que, si la lanzáramos en Alemania Occidental o en Francia, sus estragos llegarían hasta Rusia."

¿Podrá ser ésta la disuasión que al propio tiempo afiance las verdaderas miras de la "coexistencia"?

No obstante, el movimiento de contrapeso se manifestó del otro lado y el presidente Kennedy alzó inesperadamente la voz para proclamar y ordenar el bloqueo del Caribe. Luego de esta crisis, consumado que fue el dócil repliegue soviético, pareciera que el panorama de la política mundial cambió de signo. Mas, si sopesamos el capital propósito

comunista, si se considera apenas las agallas del conductor eslavo, concluiremos que la sustancia de la contienda permanece intacta. Kruschew podría haber pensado en el "un paso atrás" de la consabida estrategia; pero, ante todo, confía siempre, seguro y firme, en los resultados de su "coexistencia".

Sólo que, a este paso, puede llegar lo peor para la especie como tal. ¿Por qué no? La disuasión como instrumento de pacificación va apareciendo con virtualidad equiparable en los dos sentidos, vale decir, entraña una doble potencia de peligro y ha perdido su eficacia aparente. Está conformándose y desarrollándose una especie de "arrastre" de opiniones e influencias en cada campo en magnitud tal que en un momento estará en capacidad de asumir un empuje arrollador, ante el cual no podrá resistir toda la prudencia y el terror del mundo. Esto, si el azar o el inesperado accidente o incidente conflictivos no llegasen a inflamar de súbito la hoguera.

Aquella expresión de "coexistencia pacífica", en su intención, en su realidad y en su perspectiva, se ha perfilado ya en plenitud. Al tratar de escarbar, aunque fuere levemen-

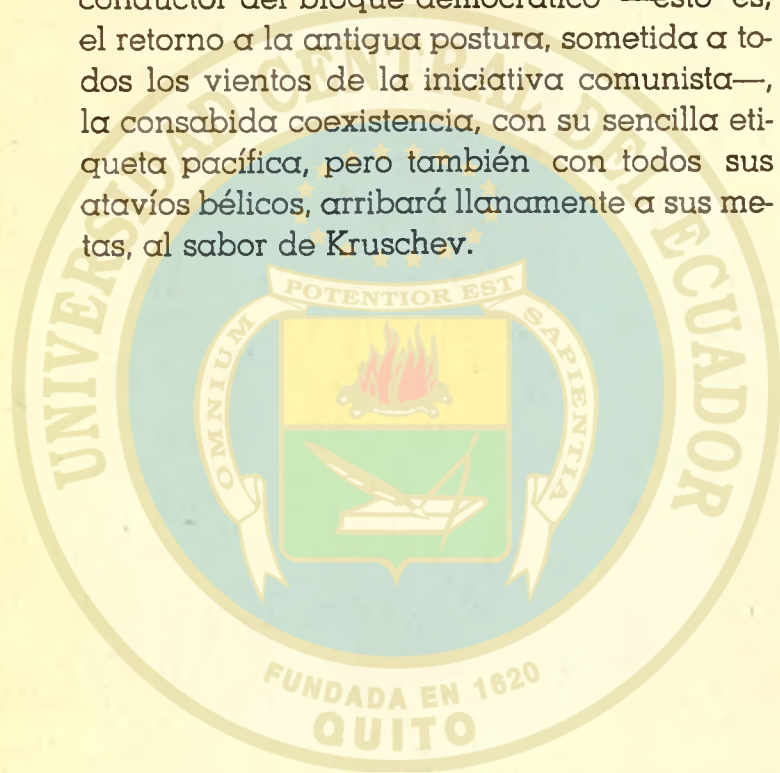
te, la razón de ser del adjetivo, bien puede establecerse que, ostensiblemente, estaría por demás. ¿Hubo de buscarse la forma pleonástica para mejor encubrir el propósito verdadero?

Quizá otro clima hubiera podido favorecerse si a su tiempo el planteamiento y la consiguiente política, en honorable aplicación, se configuraban llanamente al rededor de la "coexistencia sincera", de la "competencia leal". Mas, cabalmente, la sinceridad y la lealtad tienen sus puntos de partida en los móviles internos, vale decir, en la intención.

Sin embargo, la "coexistencia pacífica" continúa operando con todas sus virtualidades; pero esto, aunque Kruschew no lo crea o no lo quiera, puede ser el camino de la guerra, de la guerra efectiva, de la guerra tal vez final.

Mas también, no puede ser descartada la sola otra expectativa previsible en el mantenimiento de esta política: si al final de las

incidencias episódicas ulteriores al bloqueo de la Isla antillana, hubiese de consumarse la vislumbrada vuelta hacia atrás por parte del conductor del bloque democrático —esto es, el retorno a la antigua postura, sometida a todos los vientos de la iniciativa comunista—, la consabida coexistencia, con su sencilla etiqueta pacífica, pero también con todos sus atavíos bélicos, arribará llanamente a sus metas, al sabor de Krushev.



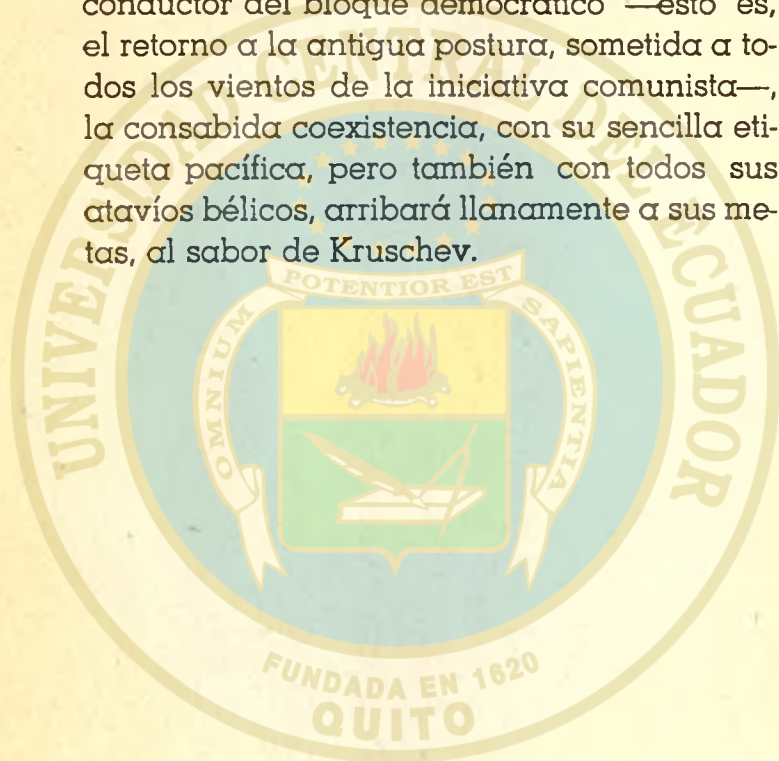


**UNA MODALIDAD**

**POLITICA DE LA**

**SOCIEDAD DE MASAS**

incidencias episódicas posteriores al bloqueo de la Isla antillana, hubiese de consumarse la vislumbrada vuelta hacia atrás por parte del conductor del bloque democrático —esto es, el retorno a la antigua postura, sometida a todos los vientos de la iniciativa comunista—, la consabida coexistencia, con su sencilla etiqueta pacífica, pero también con todos sus atavíos bélicos, arribará llanamente a sus metas, al sabor de Krushev.





**UNA MODALIDAD  
POLITICA DE LA  
SOCIEDAD DE MASAS**



Las características ciertas de la sociedad de masas, dominante en la actualidad, tradúcese en hechos que van acentuándose con proyecciones universales y con las consiguientes repercusiones dentro de las variadas líneas de la fenomenología social.

La propia raíz de la que arranca en los hechos tal modalidad impone a no dudarlo la más seria atención, ya tan sólo para considerar las consecuencias inmediatas y directas del hecho demográfico puro y simple. Día por día va registrándose en diversas latitudes del planeta la realidad innegable de que las poblaciones aumentan con aceleración creciente y por supuesto a un ritmo difícilmente previsible con precisión. Si en un momento se estimaba que al finalizar el presente milenio, la actual población mundial, apreciada en más de dos mil setecientos millones (1) habríaase duplicado, no faltan autorizados cálcu-

---

(1) Este estudio fue escrito a fines de 1960.

los posteriores que prevén una cifra superior a los siete mil millones. Y en tanto unos señalan cien mil nacimiento por día en el mundo, hay quienes, invocando mejores testimonios, los determinan en ciento treinta mil. De todas maneras, los hechos van evidenciando, a veces en forma inesperada, manifestaciones "explosivas" de tal incremento demográfico en ciertas zonas, mientras por otra parte asoma como una expresión constante de los sectores menos desarrollados el más alto índice de fertilidad humana. Y, si recordamos que ellos son los más entre los conglomerados del planeta, y si a esto agregamos el progresivo avance científico y técnico en sanidad, higiene, medicina preventiva y curativa, con sus consecuencias ya cumplidas, en el decrecimiento de la mortalidad infantil, en la elevación de los promedios de salubridad y longevidad, no se hace difícil advertir las expectativas que se plantean para los tiempos venideros. De todas maneras, estas contemplaciones se hallan plenamente fundadas, por más que el material estadístico, en la mayoría de los países, no ofrezca bases suficientes para estimaciones precisas.

Pero lo que hasta la presente ha aconte-

cido comporta apenas un preludio. Pudiera ser —y es probable que así ocurra— que el ingenio humano logre vencer la hoy aparente infranqueabilidad de los límites de la tierra aprovechable, que los recursos de la energía atómica y los progresos de las ciencias aplicadas permitan extender las áreas de cultivo técnico de la tierra e incrementar sus industrias y aprovechar los tesoros marinos y conseguir elaborar síntesis químicas o bióticas de fuentes naturales aún no sospechadas para el sustento del hombre, hasta quintuplicar o acaso decuplicar el caudal de subsistencias. Mas, en contraste, y al paso que marcha la ciencia en defensa de la salud, ¿hasta dónde podrá llegar la población mundial ya tan sólo en los siglos inmediatamente venideros? Y al mirar el problema final del futuro, en sus netos contornos, no se puede dejar de señalar que, en tanto las posibles disponibilidades que la inteligencia del hombre acuciado por la necesidad alcance a conseguir para su propio sustento, siempre habrán de ajustarse a los términos de una relativa permanencia en su asiento cósmico, en cambio, la fecundidad biológica humana, en el orden natural

entraña y promete, normalmente, virtualidades sin límite.

Muy importante será, de todas suertes, anticiparse a discernir el aspecto inherente al sistema general de la organización y del reparto de toda la producción de subsistencias, frente al hecho mismo del volumen de esa producción relacionado con la masa de pobladores del planeta, a tenor del ritmo de su crecimiento. Lo primero, para un lapso determinado, podría ser superado en el mundo por la acción concurrente de los estados y de las entidades internacionales, cuando la técnica haya reemplazado a los incontrolados juegos de la política. Lo segundo, en contraste, impone la visión medular de la realidad en conjunto, para volver, acaso, en último término, al análisis por lo menos de lo esencial de la concepción malthusiana, a la luz de la ciencia y de la tecnología modernas, con vista a las bases de una nueva realidad que se perfila.

Mas, concomitantemente, junto a los órdenes de grave y patente trascendencia ligeramente enunciados, interesa considerar otros géneros de implicaciones, inmediatamente sin duda más complejos, que, extendiéndose

en variadas líneas de la existencia social propiamente dicha, atañen de modo directo a los sistemas de la convivencia.

En diversidad de cauces de la vida colectiva van volcándose aquellas acciones y expansiones masivas y asociándose a varios otros resortes de significado social y por cierto de raigambre económica, con sus proyecciones finales y sin duda decisivas en la realidad política. Los hechos sociales desembocan en tal manera evidenciándose cada vez con intensidad mayor en una abigarrada urdimbre que denota la característica constante de trabazón de fuerzas e interdependencia de expresiones que opera en la fenomenología social.

La Masa, pues, así, va adquiriendo estabilidad en su integración y creciente consistencia a expensas de la presión que en ella se ejerce desde el ámbito político, presión que se trasmite a tal conjunto humano sin que éste varíe su esencia. Y la diversidad y tensión de los resortes de carácter económico dilatan horizontal y progresivamente la fuerza de atracción y, consiguientemente, la de los elementos de fusión. Toda una suma de

procesos de la dinámica social concurre al mismo fin.

La sustitución del taller por la fábrica, en la que ha de concretarse y afianzarse la revolución industrial, acarreando, desde luego, la constitución definida de las masas proletarias, pareciera que estuviese señalando un hito radical, colmado de las más amplias derivaciones en el proceso del creciente incremento de la masa y sus efectos diversos en la vida económica, en las formas legales, en el régimen familiar, en la esfera de las expectativas de trascendencia política. Allí, inclusive, un nuevo proceso que ha debido abrir una marcha de mutación indefinida en orden a la distribución de la población, o sea el creciente, descontrolado e inevitable incremento del urbanismo. Las ciudades han continuado desde entonces concentrando los volúmenes mayores de población. La urbe, cada vez más engrandecida, los va acercando y congregando con incentivos irresistibles. Allí están, en primer término, mayores oportunidades y mejores condiciones de trabajo, posibilidades de confort en la vivienda, garantías laborales tangibles, contactos sociales, diversiones. El

progresivo éxido rural irá alimentando este caudaloso movimiento, porque, en contraste, la vida del agro, mayormente sosegada y un poco patriarcal, ha perdido sus alicientes entre el nuevo espíritu de la época, y la producción y los salarios y hasta los medios de educación para los hijos, entre otros múltiples factores, han dejado de tener su ventaja y su atractivo para las masas campesinas. El trabajador manual afluye, en tal manera, en ingentes bloques a la ciudad industrial a engrosar los conglomerados obreros; en tanto, la gran ciudad, en más amplias órbitas, se constituye en gigantesco núcleo de atracción para toda clase de sectores sociales, desde el labriego en escala menesterosa hasta el burgués provinciano que persigue un escenario más propicio para disfrutar de sus medios de existencia y orientar su régimen de vida entre más ambiciosas perspectivas.

Y el incremento del urbanismo que ha de alcanzar sus mayores proporciones a expensas de la industrialización, va también, en grados correlativos, ensanchando los cauces de los fenómenos políticos. Dícese que la máquina lleva el final efecto de desplazar al hombre. Puede que a la larga esto llegue,

acaso, a ocurrir. Mas, por hoy, el problema es tan sólo aparente. La verdad es que los propios sistemas de automatización a que vamos desembocando, crean también progresivamente empleos innumerables y, por especializados, mejor remunerados, con la sola condición, no difícil de llenar, de obtener cierta capacitación. En todo caso, la máquina, mientras más complicada, mayor necesidad impone del superior control inteligente. Pero esta automatización conlleva, en cambio, otra consecuencia al reducir las horas de trabajo: hay un saldo de tiempo que resta para el ocio en la jornada del trabajador, saldo que, en no escasa medida, deviene en provecho de la actividad política.

La ciudad moderna, así, al centralizar un proceso irreversible de concentración de las grandes masas, llega a encarnar, en su monstruosa densidad demográfica, todos los modos más agudos de tensión social —lo social en su complejo contenido de fenómenos y fuerzas determinantes y condicionantes—, de tensión moral, con su correlativo enjambre de problemas y conflictos, y se constituye finalmente en el foco máximo de condensación y de irradiación de las actividades polí-

ticas. La función ordenadora de la vida estatal radica, pues, en el dilatado ambiente de la ciudad, su campo de acción más adecuado. Allí, el juego omnipresente de los intereses de clase, la definición de corrientes ideológicas, la canalización de la propaganda, el orientarse y configurarse de los bloques diversos y todos los consiguientes movimientos de luchas, alianzas y transacciones entre los mismos.

Es primordialmente este medio humano y esta categoría de agregado social el ámbito más favorable en donde adquiere fuerza, se afianza y desenvuelve el partido político, en su papel más amplio y genérico. En la pequeña urbe su virtualidad es mínima. La aldea, por sus preocupaciones dominantes y por su aporte insignificante, no es el lugar para la cosecha de los políticos. La vastedad del agro, con su población esparcida y absorbida casi por entero en la dádiva de la tierra, tampoco podrá ser considerada como campo de rendimiento en la atención de aquéllos.

No corresponde, ciertamente, a esta oportunidad, el análisis del significado y las características de los partidos políticos como figura típica de la fenomenología política. Por otra parte, es un estudio ya realizado por varios expositores eminentes, con ángulos de contemplación y atisbos originales y provechosos. Vale en este aspecto recordar con recomendación señalada el examen específico que sobre ellos ofreció hace algún tiempo el ilustre sociólogo mexicano Lucio Mendieta y Núñez (1), abordando el tema en sus amplios contornos, con admirable don de síntesis y en precisa visión de conjunto. Quisiéramos simplemente considerar este punto de rápida manera, con el fin de apuntar una proyección que se insinúa en los últimos tiempos a base de determinados estratos de las concentraciones masivas, de atributos espirituales y culturales dominantes, y, desde luego, de ciertos instrumentos y circunstancias de índole tecnológica que constituyen particularidades constantes en la existencia moderna.

Sabemos que en modo concreto los partidos políticos están configurando cauces de

---

(1) "Ensayo sociológico sobre los Partidos Políticos".—México.

opinión de los grupos frente a la vida de su propio estado, a virtud de enfoque tal o cual, determinado por sus aspiraciones e intereses. No hay que olvidar, entre paréntesis, la realidad de partidos políticos de inspiración y objetivos internacionales, universales, mejor dicho que presentan, desde luego, su correspondiente plan de acción en ámbitos nacionales. Lo esencial reside, como bien lo observa Mendieta, en que el partido político "nace de la escisión de la opinión pública sobre puntos fundamentales de orientación del poder estatal, escisión condicionada, siempre, por intereses materiales del grupo".

Aquella escisión se produce por causas y estímulos diversos, en ocasiones circunstanciales. Y si es verdad que por modo general parten del planteamiento de determinados principios y fines orientadores de su constitución, a manera de elementos trascendentales para el destino de la colectividad, que ostentan como bandera idealista, es preciso analizar, ya en la desnudez de los hechos, ciertas modalidades que caracterizan su integración humana y los móviles y maneras con que suelen desenvolver su actuación.

No se puede desconocer que el apareci-

miento de los partidos políticos, su acción y su expresión definidas para la competencia política dentro de la vida de los estados, sólo se hizo posible en el instante de la evolución de los pueblos en que un ambiente de cierta libertad política hubo de permitir que surgiesen aquéllos. En muchos casos provenían de movimientos preformados y organizados en sociedades secretas con finalidades primordiales de apoyo mutuo entre sus miembros, o bien afloraban a la superficie luego de un proceso mantenido en la fase de la secta, o, en no pocos casos, como culminación que consagrara o galvanizara corrientes de acción típicamente revolucionarias. La historia ofrece variados ejemplos en algunos de estos campos, y en los últimos casos, en muchas veces las alternativas políticas obligábanlos a tornar momentáneamente a la acción clandestina, para luego aparecer en la lucha pública.

De todas maneras, a influjo de la presión de los exponentes de la conciencia colectiva, la libre acción de las agrupaciones políticas fue paulatinamente adquiriendo consistencia, hasta poder más tarde consolidarse —aunque en ciertos casos nominalmente— gracias

a la implantación de los corrientes democráticas y a las garantías por éstas propugnadas. Y no faltaron otras ocasiones en las que bloques de contenido político harán su aparición de hecho tratando de canalizar sectores de la opinión pública o pugnando por imponer su fuerza en la batalla por la conquista del poder, antes de que el reconocimiento propiamente legal de los fueros de la libertad política hubiese sido consagrado como un sistema definido. Estas formas de hecho debieron de aparecer en todos los tiempos y bien las podemos ver en la historia antigua.

Pero, orientada luego la conciencia pública y la organización de los estados sobre las bases ya estables de los postulados corrientes de la democracia, la presencia y la acción de los partidos políticos han continuado desenvolviéndose como un proceso normal favorecido por el amparo del Estado y estimulado por el espíritu dominante de sectores dirigentes y su renovada prédica de que la existencia de aquéllos y la garantía estatal para su máxima libertad de movimiento estarían encarnando uno de los esenciales objetivos del vivir democrático. Y la garantía se

ha extendido, inclusive, casi sin excepción, hasta para ofrecerla a partidos de franca y desafiante afirmación totalitaria, a sabiendas de que, en último término, su victoria en las lides electorales habría de determinar automáticamente la desaparición de la organización democrática del Estado a cuya sombra se hiciera posible y viable, gracias a esas garantías ofrecidas, la radical transformación.

Es así como los partidos políticos llegan a adquirir configuración a base de dos elementos fundamentales: el cuerpo de doctrina, postulados o preceptos que representan el ideal o la bandera que sirve de distintivo para su consiguiente operación, y los contingentes humanos que han de integrarlos, asociándose bajo la común divisa, dentro de ciertos marcos de disciplina preestablecidos. En lo primero se comprende necesariamente una sustentación de principios acompañada de un programa de acción que puede descomponerse en contemplaciones de realización inmediata y planes de desarrollo en plazos sucesivos. Es interesante observar que en este aspecto, tratándose de la enunciación de postulados, de manera general, las agrupaciones políticas van acercándose cada vez

en la esencia de sus planteamientos y los términos de la contraposición se circunscriben primordialmente a los métodos propuestos, y no faltan ocasiones en que apenas son matices artificiosos formulados exclusivamente para cohonestar la creación de un movimiento suscitado al calor de móviles preferentemente personalistas. La coincidencia de posiciones va cristalizándose en los momentos actuales, de modo corriente, alrededor de los enunciados contenidos en la definición de los Derechos Humanos, y, como es obvio suponer, en órdenes vinculados a las conquistas de carácter económico y social.

El segundo elemento, la constitución del personal de los partidos, encarnará, sin duda, en los hechos, el factor decisivo, no ya únicamente en lo atañadero al buen éxito y porvenir de la organización, más también, en muchos casos, con implicaciones de vital trascendencia para el destino del grupo humano en el que actúa. Hay que distinguir en este sector, por una parte, el grupo dirigente, inspiradores y organizadores de un partido, y, por otra, la masa de adeptos, de cuyo volumen, para las vicisitudes de la lucha por el poder y especialmente para los consiguien-

tes rendimientos frente a las operaciones del sufragio, ha de definirse finalmente el resultado de los esfuerzos de aquél. No se puede dejar de considerar, como punto de partida, que los partidos políticos, cada uno por su lado, persiguen la máxima absorción del pensamiento y de la acción colectivos, tratando de orientar y en ocasiones de constreñir a los sectores que se hallan a su alcance, con impulso creciente, en su exclusiva dirección, como en moldes irreductibles que permitan asegurar las proporciones mayoritarias que han menester en el juego electoral.

Es posible señalar, ateniéndose a no pocos ejemplos de la realidad política universal de los últimos tiempos que, en relación con los puntos de la doctrina y programas, no es su trascendencia, elevación, respetabilidad y eficacia lo que otorga fuerza positiva a los partidos políticos, sino, por esencia, la magnitud de la masa que éstos logran constituir. Es el sólo hecho que define sus reales posibilidades y da concreción definitiva a sus resultados. ¿Qué móviles determinan o qué resortes condicionan los movimientos de los bloques humanos que afianzan la consisten-

cia de los partidos y la mayor o menor cuantía de sus efectivos?

Se hace, pues, conveniente, acaso, abordar otro orden de contemplaciones para examinar en qué medida se produce una correlación entre los atributos de autoridad moral y capacidad intrínseca del grupo dirigente y la resonancia y aceptación que él puede suscitar en la colectividad.

En otros términos, importa interrogar si, aparte de la bondad o excelencia del ideario y planteamientos de un partido —cuadro de principios y programa de acción—, es dable valorar su potencia efectiva en razón de la calidad de sus personeros.

Hemos de omitir aquí, desde luego, la consideración de aquellas confabulaciones políticas que en ocasiones hasta llegan a denominarse partidos, mas que, concentradas y constituídas alrededor de un gentilicio, toda su orientación y sus objetivos se cifran en las posiciones que su conductor circunstancialmente adopta, pues carecen de doctrina propiamente tal, el lapso de su existencia está vinculado meramente a los éxitos políticos de aquél y, en realidad, el marco de sus aspira-

ciones no representa nada diverso de un afán caudillista.

Vale también traer a cuento, de otro suerte, cierta hipótesis apuntada por Mendieta en su ya citado estudio: "Un grupo de canallas puede elaborar una irreprochable ideología y estructurar una serie de puntos específicos cuya realización anhele en un momento dado una sociedad determinada." Contingencia es ésta cuya presencia en la vida de las naciones no es dable descartar. Se halla dentro de las posibilidades en que giran en la actualidad, en muchos países, los grupos abigarrados y disímiles que aspiran a medrar a la sombra de una actuación política. El pensamiento del autor citado se complementa con la siguiente frase que añado a la ya transcrita: "Pero la condición moral de sus dirigentes le restará toda influencia política". Este último concepto, enteramente puesto en razón, en una valorización de principio, entraña un aspecto medular para nuestros días y vale acaso que tratemos de dilucidar, aunque fuere brevemente, apreciando ciertas modalidades que ofrece nuestro mundo en descontrolado desarrollo de los conglomerados humanos.

Si, por una parte, dirigentes y elementos principales de organización pueden quizá emanar de étiles intelectuales, los bloques masivos de los partidos, las "bases", como suelen llamar, tienen su procedencia, junto a ciertos estratos de clase media, en planos primordialmente de trabajadores —obreros, artesanos y empleados— apretados de modo preferente en la congestión de la urbe. Será, desde luego, corriente encontrar en los primeros un bagaje de atributos espirituales y ejecutorias predominantes que acrediten su idoneidad para la tarea directiva en capacitación intelectual y en dotes de organización y de acción. Mas, entre el enmarañado juego de la cotidiana lucha política, proclive a todas las sorpresas y a inesperadas combinaciones, nunca será extraña la presencia de confulaciones espurias, bien dotadas, por lo demás, del dominio de eficaces recursos para la captación de secuaces y prosélitos. Obvio será encontrar, en líneas generales, que en los niveles medios de aquellos densas volúmenes del bloque mayoritario, no hayan de hallarse condiciones de preparación para equipararse a los líderes o resistir a los expedientes y arbitrios con que conducen sus

determinaciones. Estructurados los grupos, señalados los cauces de subordinación y disciplina, todo un mecanismo de dispositivos encadena la sujeción de las masas a los designios de sus conductores. Aquí se evidencia una especie de antinomia en esta como distancia natural que de hecho existe entre una élite genuina —núcleo idóneo de fuerza intelectual, capacidad técnica y autoridad moral— y los grandes conglomerados, en tanto el tipo del político, que bien puede ser mediocre o inescrupuloso o ambas cosas, lleva en sí la magia de rendirlos a su albedrío. Raíces psicosociales no difíciles de precisar están determinando aquella discordancia y es punto que debe ser materia de estudio separado.

Pero, la realidad, cercana en muchos casos, que intentamos apuntar —por lo mismo que va extendiéndose en el mundo contemporáneo— se contrae al aspecto de las masas, seducidas y conducidas a la política, que llegan a constituirse en el campo típicamente propicio que ha formado y dado vía y aliento al político profesional. Es un hecho que va acentuándose a medida que se corporiza la sociedad de masas.

Sabido es que, dentro del momento político que vivimos, no ha sido dable todavía procurar el grupo de hombres específicamente preparado, con capacitación científica, especialización técnica y antecedentes morales suficientes para poder ejercer funciones del Estado. Circunstancialmente suelen surgir elementos cuya descollante formación cultural los ha conducido a que sean colocados en pasiones de elevada responsabilidad de la vida estatal y en las que, si eventualmente las condiciones les son propicias y en tanto el medio político los favorece, alcanzan a cumplir su cometido y a desarrollar su gestión con sentido cívico y constructor de veras responsable. Mas, frente a éstos ha de destacarse invariablemente la figura de quienes hacen de la política su permanente sistema de existencia y encuentran en esa sola actividad su *modus vivendi*. Ejercen a manera de una verdadera profesión, a fin de hacer de la política, no precisamente una obra de trascendental consagración humana para llenar la gran misión que le incumbe como ordenadora de la convivencia y creadora del bienestar colectivo, sino como mero recurso de encumbramiento personal, sin consideración

al cumplimiento de los fines ni a la responsabilidad implicada en tan grave cometido.

El papel, hoy ya especializado del político profesional, se desenvuelve a expensas de fórmulas y procedimientos que de hecho han llegado a standarizarse y que se dirigen por esencia a la captación de las masas que han de sustentar su particular provecho y sus posiciones de mando. Slogans, planteamientos programáticos y papeletas electorales han de ir cambiándose, combinándose y confundiéndose al compás de las conveniencias del momento y del cálculo de probabilidades más propicio para la próxima cosecha de los votos o, si es del caso, de los pronunciamientos multitudinarios. Son actores y empresarios que en ocasiones se turnan y en quienes ordinariamente la convicción y el ideal carecen de significado. Por eso en ellos las sucesivas metamorfosis, justificadas y a veces exaltadas como en juego de malabares cuando los ardidés de la transacción han surtido su efecto y el cohecho por variados e ingeniosos métodos ha podido encadenar al adversario. Este cohecho en grande también, a menudo disfrazado, para las masas, pues bien se sabe de antemano que cualquier volumen de ero-

gaciones pecuniarias lleva el carácter de una inversión, casi siempre segura, a corto o largo plazo. Y, cuando por el aplastante torbellino habrá de quedar forzosamente desplazado el escaso sector ilustrado que aportó su esfuerzo con limpia inspiración cívica, las grandes masas, ingenuas y desconcertadas, veránse imposibilitadas de apartarse del férreo engranaje de dirigentes de variadas escalas, asociados consciente o inconscientemente en la gran empresa. Incentivos de carácter económico, estímulos diversos de valor afectivo entran en juego, como los más usuales y eficaces expedientes, para arrebatarse y cautivar la sensibilidad de las masas. Revisten señalada importancia las penetrantes observaciones que Wright Mills (1) ha realizado en torno a diversos atributos negativos que acompañan a la personalidad del hombre de la masa. Y para apreciar en qué medida y con cuán logrados efectos podrá el político profesional obtener el provecho perseguido en los mayores volúmenes de este tipo social de nuestro tiempo, basta con determinar la suma y calidad de los resortes internos de su psi-

---

(1) "La Elite del Poder".—Fondo de Cultura E.—México.

quis y de las múltiples fuerzas externas, propiamente masivas, de su medio, que presionan de modo intenso y permanente para encauzar su sentimiento y su conducta a tenor de los más hábiles y sagaces alicientes que le sean ofrecidos.

El político profesional, de tal suerte, carece de toda otra ocupación o forma de trabajo que normalmente le permita subsistir, y, amaestrado y perfeccionado en su tarea, perseguirá la máxima libertad de acción y eludirá, por lo mismo, como línea corriente de su conducta pública, enrolarse de manera estable en los partidos políticos con ideología propia e impersonal. Su paso por ellos, si tal ocurre, será necesariamente transitorio, pues así podrá moverse y desenvolver su acción en consonancia con las cambiantes oportunidades de la marea política, sin el óbice que habría de comportar una posición definida dentro de una orientación doctrinaria medular. Podrá muchas veces celebrar pasajeras alianzas en consorcios electoreros o movimientos de otra índole, ponerse al servicio de los partidos en función de corcunstanaciales conveniencias, prestarse a reforzarlos en emergencias de lucha, pero siempre buscan-

do alcanzar al final el provecho particular mayor, aunque para ello tenga que enfrentarse en batalla con el aliado de la víspera.

En tal modo va extendiéndose una tendencia al debilitamiento de los partidos políticos; pues, con obvias excepciones, ordinariamente integrados éstos, en la realidad, no por elementos idóneos —en su genuino valor— para la tarea, sino por obra de su propia buena voluntad, en veces por ingenuo entusiasmo cívico y en ocasiones por su afán de conseguir una plataforma para mandar o figurar, fácilmente son batidos por aquellos que han llegado a perfeccionarse en el juego continuado de procedimientos, artimañas y recursos de la más variada índole para la captación de las masas. La declinación de los partidos, su relajación y su debilitamiento, han de dar paso gradualmente a que las corrientes políticas terminen por hallar una confluencia en las personalidades más avezadas, expertas o dominantes, en las que de manera progresiva irá concentrándose la más fuerte gravitación de intereses e influencias. El derivativo, a veces irremediable en tales circunstancias, acaba por manifestarse en la realidad del caudillismo.

Y es así como estamos ya en el caso de mencionar cierta modalidad muy en boga entre los recursos favoritos de los políticos contemporáneos, singularmente entre los pueblos de nuestra América y que, sin embargo, no constituye, por cierto, una invención de los últimos tiempos. Quiero referirme a la demagogia, procedimiento, o, más bien, conjunto de formas de actuar por parte de los interesados en detentar o mantenerse en el poder público, formas que van adquiriendo preponderancia y sin duda eficacia plena con la ayuda de ciertas realidades de la vida moderna y, entre ellas, la presencia de conglomerados masivos con las peculiaridades que les son propias dentro de las actuales circunstancias de la fenomenología social.

Se ha venido entendiendo que la demagogia arranca del sistema democrático de organización política, proclamado como tal en la definición estructural del estado de que se trata. El viejo concepto de aquélla, contenido en el pensamiento aristotélico, para significarla como una corrupción de la democracia, en la actualidad asume el carácter de una noción demasiado lata. Si se la había tomado como una práctica del poder del Es-

tado traducida en sistemas viciosos que han de reducir en provecho exclusivo de grupos desenfrenados y exaltados, hoy tenemos que aceptar que, siendo en verdad un modo de ser y de actuar de los políticos, una calidad y un método para su proceder en busca siempre de su beneficio en el dominio político, si bien es dable encontrarla en las organizaciones nacionales que llevan la etiqueta democrática, la verdad es que, en los regímenes totalitarios, la demagogia encarna, en una sociedad de masas, el paradigma de los procedimientos para el dominio de los pueblos.

La demagogia viene a ser propiamente el uso metódico de ciertas y muchas maneras de actuar de gobernantes y aspirantes al gobierno con el fin de afianzarse en el poder, de alcanzarlo o de recuperarlo, según el caso, sirviéndose para ello de medios dolosos y por lo mismo deliberadamente concebidos y planeados —engaño, simulación, fraude—, ante las masas. Para halagar a éstas y conseguir su respaldo en forma de votos o de adhesión plebiscitaria, se abundará en alardes y enjuiciamientos sonoros, programas y ofertas de toda índole, aunque se sepa que escapan a las posibilidades de realización o

que exceden a la acción de la autoridad en modo normal. Para tal objeto, el escenario mayor y mejor ha de constituir el conglomerado ingente, la muchedumbre en lo posible amorfa. Puede llegar a haber, acaso, provecho o beneficio para esas masas, mas de ordinario, aparente o momentáneo, como que las posibles realizaciones obedecen a recursos artificiosos o precarios, inspirados por el interés del individuo o del grupo. Se conjugan en las prácticas de la demagogia toda una suerte de ardides y artimañas, con las más variadas formas y calidades, tan sólo concebibles y realizables por quienes obran enceguecidos por el frenesí de mando. Por eso llevan una trayectoria que nunca se detiene en los linderos de la Etica y menos aún en los marcos de la norma jurídica. Y así, la demagogia desemboca en la dictadura.

El dominio de las artes de la demagogia comporta el instrumento decisivo del político profesional. Si a veces éste, alcanzadas posiciones culminantes, está encarnando una fuerte personalidad —en caso tal, energía, ambición, audacia, osado desprecio de la Moral, vanidad, entre otros similares atributos—, asoman los más propicios elementos

para dar paso a la encarnación del demagogo. Su perspectiva y su aventura hallan su más abonado campo en la sociedad de masas, singularmente cuando éstas en sus líneas básicas se hallan atravesando por circunstancias frente a las cuales la posición del político ha de resolverse ya normalmente en indispensables planteamientos dirigidos a perseguir una transformación que haya de significar de inmediato beneficio social. El demagogo encuentra en este medio su más pródigo campo, donde las conquistas que busca no únicamente llevan su asidero en hechos cuyos contornos se evidencian reconocidos y tangibles, igual que en apremios cuya satisfacción se reclama desde todos los ángulos de preocupación de la sociedad, sino que, además, lo que es más, el provecho político que promete se halla representado por la adhesión que lleva la seguridad de alcanzar el consiguiente rendimiento en caudalosos volúmenes humanos. Lo necesario y perseguido, en tal caso, no será precisamente el dar cauce a las aspiraciones y menos aún cumplir los ofrecimientos. El objetivo más señalado y propiamente el propósito capital se reducirá a mantener por el mayor tiempo la

esperanza, la expectativa vigente, en tanto se pongan en juego los medios necesarios para alimentar la fe. Así podrá conservar de modo indefinido, hasta donde fuere posible, el fermento de variados resortes políticos y sociales —y entre éstos, primordialmente los económicos—, en necesidades, aspiraciones e intereses, que han de permitirle un sostenido y alto grado de tensión para sus actuaciones.

No entraña una mera frase de oportunidad aquella expresada por Henry Wallace cuando afirmó que "el demagogo es la maldición del mundo moderno". Si, ciertamente, representa una como forma quintaesenciada del político profesional a través de la compleja urdimbre de circunstancias y medios que el vivir de nuestro tiempo va acentuando, no es menos tangible la aciaga sustancia que tal modalidad conlleva, así en su misma realidad como en sus estragos cuya acción persistente los vuelve casi siempre irreparables.

Ya en las características y en el papel de político profesional es dable hallar un signo inequívocamente adverso para la organización y la marcha política de las naciones. Experto exclusivamente en los arbitrios nece-

sarios para mantenerse a flote en las altas posiciones burocráticas y carente de ordinario del bagaje intelectual adecuado para el ejercicio de las funciones que detenta o persigue, los resultados de su acción han de proyectarse únicamente en su personal provecho, y nunca, al final, en verdadero beneficio de la colectividad. Y ese solo provecho ha de constituir invariablemente la meta de todos sus empeños. De todas suertes, esta figura política, por su acción absorbente, por su irrefrenable tendencia al monopolio de los quehaceres de orden político, encarna finalmente una valla poderosa para el movimiento y el desarrollo de los partidos políticos.

El demagogo, como tal, comporta ya el ejemplar mejor logrado en este singular tipo de profesionalismo, tan difundido como lucrativo en la vida política contemporánea. Su maestría en el nuevo nivel comienza demostrándose cuando ha cimentado su autoridad de jefe al crearse y asegurarse un grupo de satélites sagazmente seleccionados, sumisos casi siempre a toda prueba y emulando tan sólo en imitar los ejemplos del modelo. A menudo suele encontrar sus mejores secuaces entre quienes fueron antes sus adversarios.

Escoge el demagogo el grupo de tenientes buscando a quienes reúnan atributos de dinamismo, astucia y osadía, carencia de todo escrúpulo moral, facilidad verbal. Empeñase en elegirlos de tal manera, porque con frecuencia, llevando ellos su misión en las primeras líneas tácticas de procedimientos de la mayor violencia, preservan la postura del eje y salvan la apariencia de su responsabilidad, en caso necesario. Todo lo demás, el esfuerzo por la conquista del mando y la obra en el ejercicio del poder, orientarán sus caminos en moldes prácticamente estereotipados y que suelen copiarse de país a país, con las modalidades variantes vinculadas al medio social y a la circunstancia temporal que pueda diferenciarlos. Debe anotarse que existen varias calidades de elementos dentro de la categoría, si bien cada uno aspira a colocarse en el primer plano a lo largo de su carrera de perfeccionamiento; y, cuando las circunstancias lleguen a serle propicias, no vacila, para tal fin, en optar por recursos de máxima violencia, inclusive por la eliminación del propio jefe, si ello beneficia a sus miras.

El demagogo es intrínsecamente amoral,

y en esto es probable que las excepciones, si existen, sean muy escasas. Orientadas su inspiración y su acción en el impulso de poderío, o en aquel **libido dominandi** que dijera Hobbes, con exclusión de todo ideal altruista, el demagogo en su intimidad menosprecia el contenido del concepto de patria o el sentimiento de nacionalidad, no comporta objeto de ningún género de respeto la vida de sus semejantes, sus bienes o cualesquiera de sus derechos, y se hallan desprovistos de todo valor, de un día para otro, sus propios planteamientos, sus principios proclamados o su fe jurada.

Tal peculiaridad constante permite señalar que en la sustancia de esta personalidad radica al mismo tiempo una característica fundamentalmente antisocial. La aparente paradoja se halla, en tal manera, entre los términos de quien persigue la adhesión de las grandes masas y protesta por sistema su entrega y su disposición a todo sacrificio por ellas y para ellas, mientras lleva en sí mismo, como objetivo esencial, el culto de su sólo y frío interés, ajeno por entero a toda contemplación de los apremios sociales. Su más definida tipicidad, desde este punto de vista,

tradúcese en formas diversas de la megalomanía.

Todo este orden de atributos determina una posición invariable en la que estriba la irresponsabilidad moral del demagogo. Por eso es dable encontrar, como repetida ocurrencia, el acto impávido de traición a su propia nacionalidad, la práctica corriente del atentado personal, la acción —canalizada por métodos desembozados o ingeniosamente simulados— de la apropiación de bienes nacionales o particulares, por sí o por sus adictos, y el fraude y la extorsión, la cotidiana contradicción entre postulados y sistemas políticos, igual que el hacer y deshacer inesperadas alianzas, claudicar posiciones o combinar acomodos políticos o electorales desprovistos normalmente de conexión lógica. Entre tanto, la proclama magistralmente sincronizada tronará ante las multitudes, con insistencia y desenfado, llevando protestas de fe patriótica, su devoción a los derechos humanos, los pregones de inmaculada honestidad, la afirmación de inconmovible lealtad a los principios propugnados.

Correlativamente, casi siempre los planteamientos verbales habrán de constituir el

indicio de acciones que los van a contradecir. Tal postura concretase también en una práctica de uso constante en el demagogo: el anticiparse a atacar y condenar todos aquellos vicios y transgresiones que le son imputables. Y ante la inconsistencia de los enunciados, ya que por punto general, los propios hechos y actos los destruyen, han de ponerse en juego los más osados expedientes encaminados a dar una sensación de sinceridad e inducir al convencimiento. Para esto, junto a los mejores ardides de la propaganda, tendrá papel culminante el uso de las formas oratorias en las que campea la retórica violenta y estridente y las actitudes espectaculares —con frecuencia históricas— buscando impresionar la sensibilidad de la masa con el fin de conseguir la persuasión perseguida. Es obvio que, dadas las características de los niveles psicológicos en que actúan tales recursos, el éxito deseado, por lo común, no deja de lograrse. Por eso las muchedumbres, como poseídas de una embriaguez colectiva, son precipitadas en no pocos casos a sus mayores extravíos.

Cabe observarse que, en realidad, no es que en el demagogo domine la certidumbre

de su condición de hombre providencial, el único o mejor capacitado para hacer el bien de su pueblo. Esta posición conllevaría un principio de sinceridad y habría sin duda de traducirse en actitudes y realizaciones, equivocadas o no, pero inspiradas por una recta intención y llevadas a cabo de buena fe. Mas, la modalidad peculiar en el demagogo se define en su irreductible monomanía por el poder, su desapoderada, insaciable ambición de mando, y sus actuaciones y movimientos no se dirigen sino a asegurar en lo posible la conquista, el goce o la perpetuación de ese poder. Para conseguir ese fin, no habrá valla moral ni medio, por ilícito que fuere, que inhiba su acción.

En el momento en que la obra culmina con el logro de la posesión del mando surge un nuevo cuadro de circunstancias que toman de lleno las perspectivas de fortaleza del demagogo, en forma proporcionada al volumen de la capacidad material y las virtualidades de la autoridad que toma en sus manos.

Los recursos de esa autoridad en sí misma, la seguridad económica que en ella se implica, y el control de la fuerza militar, re-

presentan soportes acaso decisivos para que el bagaje político del personero del régimen se halle en condiciones de cimentar la nueva posición en superlativos grados de solidez y posibilidades de permanencia. Allí, los caudales a manos llenas —no importa que arrancados por todos los medios de extorsión y de todas las fuentes que la arbitrariedad de sus métodos le sugiere— para el máximo halago de los hombres armados, para el gran señuelo de los obras materiales y para el reparto a títulos diversos que permitirá la más dilatada ampliación de sectores adictos. En este aspecto surge también un hecho virtualmente ineludible, derivado de la necesidad de dar retribución a los ingentes bloques humanos que hicieron posible la victoria: la exorbitante y desordenada proliferación de los cuadros burocráticos. (El efecto, a corto plazo, tradúcese, por cierto en el desquiciamiento del sistema financiero que ha de pretenderse contrarrestar con medidas que a la vez determinan agudos colapsos de carácter económico en cadena, como las devaluaciones monetarias, la inflación, el alza del costo de la vida).

Consolidado en primer término el respaldo castrense, para lo cual se habrán puesto

en juego toda clase de estímulos, alicientes y gajes, sin omitir los necesarios resortes que aseguren su sostén, el objetivo más codiciado radicará en los medios capaces de ejercer una influencia en la opinión. Se conquistarán personeros de la prensa mediante cargos pródigamente remunerados, halagadoras posiciones diplomáticas o disfrazadas prebendas que mantengan para aquéllos la traza de independencia; se entablarán contactos, discretos o públicos, según las circunstanciales conveniencias, con elementos religiosos, buscando, como es obvio, afianzar por tal cauce la multiplicación de los adeptos; habrá de seducirse, en fin, a gentes de viso o de influencia, a políticos dirigentes, a exponentes de la intelectualidad. En estas operaciones, el demagogo suele ser certero para conocer y ganar a los elementos cotizables. De allí la peculiaridad casi invariable en esta clase de regímenes: la aguda degradación de las calidades intelectuales y morales en los hombres que constituyen el poder, lo mismo en ministerios de estado y otras altas posiciones oficiales, investiduras diplomáticas o elevadas jerarquías impuestas directa o indirectamente por el designio gubernativo. Y los

elementos de alguna solvencia que cayeron en esa órbita, en el instante habrán de enrolarse, en consciente abdicación y por el propio hecho, en la categoría de los enmarcados bajo los signos del equipo.

Sobre bases tales, las disponibilidades financieras o más bien las variadas posibilidades que en este concepto acompañan al dueño del poder, habrán de volcarse en las obras públicas, en las realizaciones materiales. Los volúmenes de las colectividades en la existencia moderna se condicionan a las gigantescas construcciones de todo orden, gracias a los medios técnicos y mecánicos cada vez más perfeccionados. Y, como esas obras representan la visión tangible, aplastante, que cautiva a las masas, éstas responderán devolviéndolo todo a satisfacción del gran realizador en sufragios abundantes o, según el caso, simplemente sometiéndosele, siguiéndolo, con entrega sumisa. Este tipo de obras suele ser, por tal motivo, la demostración favorita del demagogo, no importa cual sea la calidad, la necesidad que entraña, la magnitud del costo o el sacrificio impuesto a más de una generación.

La ambición capital, como medio, se pro-

yecta de todas maneras en la captación de la voluntad de los pueblos. Para tal fin hace uso en ocasiones de artificios de seducción y en las más de las veces buscando la intimidación por los caminos del terror.

No ha de faltar tampoco el recurso, consagrado como infalible, de las invocaciones al sentimiento patriótico, buscando para ello los acicates que puedan impresionar los resortes más sensibles de la conciencia nacional. De esta suerte, el demagogo, al mismo tiempo que pretende redimirse de pasadas o venideras culpas en este orden, galvaniza en su favor el alma de las clases todas y tiene el asidero indeficiente para las anheladas cosechas pecuniarias. Suele así operarse una suerte de fascinación de bien acentuadas características en forma que la masa, una vez atrapada en aquélla, vuélvese impermeable a todo empeño de persuasión en contrario.

Conviene tener en consideración que los logros del demagogo, en líneas generales, guardan relación inversa con el grado de cultura de las masas. Estas, a medida que se descende en las escalas del intelecto, asoman mayormente inhabilitadas para aquilatar cuanto haya en aquél de atributos nega-

tivos, menos aún para percibir rasgos de la personalidad que en casos frecuentes denotan graves deformaciones de la psiquis. Esta circunstancia no descarta, empero, la existencia de sectores conscientemente adictos, bien que bajo la exclusiva inspiración del máximo aprovechamiento particular, en la medida de personales conveniencias.

Y aun tratándose del caso de que el conductor demagógico pueda llevar una apreciable base de ilustración y su formación háyase constituido en claras direcciones éticas, todo ello pierde por entero su consistencia desde el instante en que hubo de orientar su actividad por el rumbo político y su conducta se encauzó entre el sólo objetivo de su ambición. Así, sean cuales fueren los antecedentes que informaron su educación, el hecho final es que sus intereses y sus miras colócanlo en posición francamente adversa con la Cultura y sus hombres, con la Universidad, propiamente con las genuinas élites intelectuales. Su atención primordial, dominante, se dirige a las masas de bajo nivel; ellas constituyen su medio propicio, a ellas van su favor y sus halagos, sus alardes oratorios que, tal un tóxico verbal, han de provocar torren-

tes de euforia popular, para sacar a flote el instinto negativo y la abyecta pasión, certamente estimulados y mejor aprovechados. Y, a falta de otro título valedero, invócase entonces la "intuición popular" y la socorrida sustentación de "el pueblo quiere", con que se pretende justificar la explotación de su ignorancia y cuyo verdadero significado puede representarse llanamente por un "a mí me conviene".

He aquí como una suma de elementos de la sociedad de masas, en el ámbito político, puede comportar, desafortunadamente, los fermentos condicionantes de la entronización de las más agudas formas de la demagogia, y, con ella, de los caminos de la anulación de los derechos humanos.

Estos grandes conglomerados ofrécese por sí mismos como objetivos abiertos a la acción de la conquista política. Las condiciones dominantes en ellos favorecen, por punto general, los planteamientos encaminados a unificar el espíritu de cuerpo para suscitar

resortes de solidaridad, afanes comunes de mejoramiento y, finalmente, incentivos resueltos para la acción. Tratándose de conjuntos obreros y masas proletarias, de modo especial en zonas subdesarrolladas, las circunstancias perfilan en sus más definidos relieves. Los métodos de sugestión adquieren entonces características de mayor eficacia. Hay una especie de ecuación cuyos términos señalan el cuadro no difícil de prever: frente a los instrumentos y procedimientos de los políticos se hallará un medio social y síquico en todo propicio para los fines por aquéllos perseguidos, ya por condiciones materiales de miseria, desnutrición y enfermedades, ya por resortes intelectuales y afectivos obviamente proclives a la reacción proporcionada a los estímulos puestos en juego.

Elementos materiales modernos y dispositivos diversos de la técnica en marcha favorecerán mayormente la actividad propagandística de los conductores políticos: fáciles sistemas de transporte para las grandes concentraciones, recursos para la más eficiente difusión mediante el cinematógrafo, la radio, la prensa controlada —directa o indirectamente—, la televisión. Actúa todo a manera

de un cerco de engranajes que determina una arrolladora acción coercitiva.

La transmisión en masa de pensamientos e imágenes, los impactos sostenidos de oratoria desenfundada y alucinante, con divisas verbales, pendones y canciones, terminan por penetrar y arraigar en la sensibilidad de la muchedumbre. El poder de la sugestión va dilatándose en ondas crecientes con fuerza máxima, y algunas formas de imitación de aquellas señaladas por Gabriel Tarde, consolida la raíz y el contorno de una conciencia colectiva, en la que por cierto las bases de la reflexión y del análisis se hallan por entero ausentes.

Esta competencia incontrolada de la dinámica política —tal como hoy se la vive— determina fatalmente, a largo o corto término, el desplazamiento de los mejores —hombres de jerarquía moral e intelectual— para ser sustituidos por el oleaje turbulento de quienes encarnan las definidas expresiones del instinto primario. Por esto, las individualidades que resisten a tal oleaje, tendrán que arrostrar las consecuencias de su disconformidad: la persecución, el ostracismo, o por lo menos, el alejamiento de la vida pública.

Al tratar del poder de la propaganda, bien vale acentuar el juicio del ilustre cate-drático Francisco Ayala, en uno de sus hon-dos estudios (1). Refiriéndose a la preponde-rancia de la radio como instrumento de domi-nio de la conducta colectiva, afirma: "No hay, pues, tiranía comparable, en toda la his-toria de las instituciones políticas, a la tiranía ejercida sobre las mentes a través de esos medios de comunicación en masa, puesto que con ellos no se presiona ya físicamente a los hombres para violentar y doblegar su con-ciencia, sino que se la capta y corroe hasta destruir su autonomía."

El mismo pensador sustenta luego su som-brío y certero diagnóstico en torno al referido papel que cumple la radio: "Utilizando a ma-nera de vehículo, o como cebo, los progra-mas de entretenimiento que se muestren ca-paces de atraer y fijar la atención del mayor número posible de oyentes." (Trátase de la finalidad comercial que aspira a alcanzar la más amplia difusión). Y continúa: "Serán, por lo tanto, preferidos aquellos que afecten

---

(1) "Las garantías de la libertad en una sociedad de masas".—  
Revista Mexicana de Sociología.—Ed. Enero - Abril 1958.—  
Vol. XX.—Nº 1.

a la sensibilidad más común y al entendimiento más vulgar; y estos irán eliminando paulatinamente a los de mejor calidad. Bien puede temerse que el proceso no tenga término, puesto que se traduce en una educación a la inversa, dentro de equilibrios dinámicos de signo negativo. La radio —en general, los medios de comunicación en masa— son el gran instrumento de cultura de nuestra época: la nivelación por los más bajos raseros no puede sino destruir la individualidad y, con ello, reducir la libertad en proporciones aterradoras, aproximando los hombres a lo elemental de su naturaleza biológica, que los sujeta a determinaciones opuestas por completo a los requerimientos espirituales de la alta cultura, y, reforzando el "tirón hacia abajo" de la animalidad."

Y, como el elemento de la masa y hasta el hombre común cada vez leen menos, reflexionan menos, una incoercible propensión hacia el mínimo esfuerzo condúceles a buscar en la vida cotidiana, primordialmente en la radio y en la televisión, los medios más cómodos de su quehacer y su expansión espirituales.



Todo este esquema de realidades, frente a las consecuencias analizadas en el panorama político, comporta desde luego una estructura de todo en todo adversa al sistema jurídico de garantías humanas que la sociedad moderna aspira a vivir en busca de su bienestar y su equilibrado desenvolvimiento.

La sustancia del problema reside, tal vez, según en otra oportunidad me ha sido dable analizar (1), en la necesidad de dotar a los postulados de los Derechos Humanos de una debida base de sustentación en las raíces concienciales de la propia sociedad. Si las colectividades, representadas mayoritariamente por aquellos grandes conglomerados que he pretendido examinar brevemente en las líneas anteriores, carecen, en rigor, de elementos espirituales bastantes para discernir y calificar y escoger con mediano acierto, también, en grado correlativo, aquel tipo de sectores dirigentes que vengo describiendo hállese intrínsecamente imposibilitado para

---

(1) "Democracia y Derechos Humanos en el Ambito de la Cultura".—La Habana, 1956.

el ejercicio de funciones públicas cargadas de una invalorable responsabilidad en el destino de las naciones. Y esta inhabilidad, como es obvio, no puede convalecer ni merced a la más limpia expresión del querer de los mandantes.

Conviene señalar, de paso, en torno a estos conceptos, que su sustentación no entraña otro espíritu que el de realizar un análisis objetivo del proceso social que se desarrolla en este orden de la actividad política, al margen de bien reconocidos principios. Se trata, justamente, de promover un sereno examen del que puedan derivarse, acaso, caminos más firmes e idóneos para alcanzar una meta de contenido democrático y de significado genuinamente cultural.

En tal sentido, junto a la aspiración vehementemente que en todos los tonos clama por la necesidad de elevación del nivel de cultura de las masas, defínese otro imperativo no menos procedente y acaso más premioso, cual es el de contar con la garantía de sectores espiritualmente preparados para la ardua misión de conducir a los pueblos en armonía con los auténticos dictados del patrimonio cultural moderno. La una tarea, si

ciertamente indispensable, es, por su naturaleza, compleja, laboriosa y demasiado lenta; la segunda deviene inmediatamente hacedera. Habría de ser la obra de preparación de núcleos de alta cultura, con especialización científica y técnica y plena solvencia moral, en forma de constituirlos por variados cauces de capacitación necesaria para el ejercicio de las diversas funciones inherentes a las primordiales actividades del Estado.

Para integrar este escogido sector, obvio es que, libremente, concorde con el ideal democrático, podrán surgir los espíritus mejor aquilataados y más aptos, después del necesario escrutinio entre las máximas posibilidades ofrecidas y buscadas. El Estado, para corregir desigualdades económicas, podría tomar a su cargo la protección de quienes hayan menester del sostén oficial, a efecto de incorporar en adecuadas especializaciones a elementos inequívocamente superiores, a mentalidades que anuncian firmes expectativas, sin distinción de clases ni discriminación de ningún género.

Sobre tales bases alcanzaría ancho y llano camino la institución del sufragio universal, y la expresión del querer colectivo

hallaríase en condiciones de producirse bajo la garantía de los mejores auspicios, para escoger y designar por seguros derroteros, entre amplias vías de alternabilidad, libre de las amenazas de la encrucijada demagógica.

Sólo así creada una máxima responsabilidad espiritual, una depurada conciencia ética, será posible asegurar libertades, garantizar el respeto a los humanos derechos, dar legítima solidez a la democracia.

Y, consecuentemente, de otra suerte, la autoridad científica y moral así constituida, inspirará positiva confianza en el alma colectiva, congregará, disciplinará, unificará a los sectores ciudadanos; al amparo de la Cultura estará en condiciones de estimular y conducir la alta discusión de los problemas humanos y, en su función ordenadora, será prenda de estabilidad.

FUNDADA EN 1620  
QUITO



**EL DESARME DE LAS  
CONCIENCIAS**

**ALGUNOS DE ESTOS PLANTEAMIENTOS  
SE HALLAN CONTENIDOS EN LA OBRA  
EN PREPARACION "LAS GARANTIAS DE  
LA PAZ".**





El estado de paz internacional y, más ampliamente, de paz social, supone la culminación de los atributos positivos del espíritu, y se traduce, así en principios que rigen la conducta y norman las instituciones de los pueblos, como en reales sistemas de existencia, conscientemente observados, para cumplir fines humanos de cooperación y solidaridad.

La paz, en tal manera, representa la estabilidad jurídica de los grupos, asegura la solidez en la organización social e imprime definición cierta en todos los ritmos del progreso; comporta, en suma, el signo de la convivencia equilibrada.

Adviene el pacifismo en categoría de una corriente idealista que empieza a producirse en la humanidad a expensas de la depuración moral e intelectual de los más selectos núcleos. Ya se perfila con claridad en exponentes del pensamiento helénico y adquiere contenido medular en la prédica cristiana, para orientarse bien pronto por senderos y

concreciones de diverso alcance. Desde Tales de Mileto y Platón, con griegos y latinos, y San Pablo y San Agustín, en el ángulo de la moral religiosa de Occidente, continuará una legión innumerable de ardientes sostenedores del gran ideal. Sin desestimar excepciones, bien es posible establecer que donde brilló la inteligencia en el espíritu del hombre civilizado, nunca dejó de aparecer la inquietud por la paz universal.

No es necesario ya detenerse a realizar un recuento de toda la magna y variada producción del pensamiento humano que a través de la Religión y del Derecho, de la Filosofía y de la Política, de la Economía y de la Ética, se empeñó en contemplar este gran conflicto de los pueblos de todos los milenios, señalando, en cada caso, caminos los más diversos y recursos múltiples, para tratar de liquidar con duraderas soluciones la vieja y permanente tragedia de la guerra que gravita sobre los grupos humanos, sin duda desde que éstos se constituyeron en su condición contenido medular en la prédica cristiana, más rudimentaria. Baste tan sólo enunciar que por obra de esas preocupaciones se concibieron medios para eliminar la guerra

entre las naciones, lo mismo al amparo de quiméricas unificaciones de los estados del mundo, como por reglamentaciones tendientes a la supresión o limitación de los instrumentos materiales de la matanza y de la destrucción, entre otros varios planteamientos de diverso matiz.

Y en la realidad que nos alcanza, mientras la inteligencia continúa su vigorosa marcha en sus conquistas cada vez más sorprendentes en el campo de la ciencia y de la tecnología, los pueblos todos del orbe siguen también a la vez debatiéndose en el mar de sobresaltos crecientes con que la inseguridad, la miseria, la injusticia y, sobre ello, las inminencias cada vez más acentuadas de una nueva guerra, vienen golpeando los espíritus, hondamente colmados ya de múltiples tensiones.

Pudiera hallarse una primera razón de ser de esta convulsión universal en la desesperada búsqueda que la humanidad realiza para trazar caminos estables y soluciones equilibradas en el drama inenarrable de sus conflictos de convivencia y subsistencia.

Sin embargo, no es posible desestimar otra

suerte de factores de naturaleza medularmente humana que gravitan de modo capital en el escenario de este gran desconcierto.

Cierto que realidades del más aciago patetismo van extendiendo cada día su sombra de infortunios, de dolor y de miseria en las mayorías inmensas del planeta; que hay corrientes dispares, trenzadas en enconada pugna, frente a cardinales problemas de la ordenación política, que encarnan a la vez posturas antagónicas con relación a los fines de la existencia y del espíritu; que hondas distancias étnicas y culturales entre sectores innumerables de la población mundial constituyen aún vallas insalvables para su comprensión y bienandanza.

Mas, también, por encima de los vanidosos avances con que la civilización del hombre de la era atómica alienta sus jactancias, dos espectros fatídicos, de inamovible raigambre humana, actúan y prevalecen, marcando rumbos que parecieran los signos connaturales de una maldición para la Especie. Requieren, por cierto, ambos, el necesario y adecuado examen de su tipicidad, sus órdenes etiológicos y toda la complejidad de sus pro-

yecciones. Vale en el momento por lo menos enunciarlos.

Proceso de índole biológica el úno, alcanza su expresión y su caracterización más definida en sus tangibles y gigantescas repercusiones en el campo social. Es la marcha de la superpoblación, cuya acelerada carrera, casi sin correctivos capaces de enfrenarla, equiparable en ciertos efectos al fenómeno histológico del morbo neoplásico, va agudizando día por día la suma de trastornos que aquejan a los pueblos, señaladamente, en modo proporcionado, a aquellos de ínfimo nivel, menesterosos de todas las rehabilitaciones. Por obra de influjo tal, desarróllase sin pausa en las colectividades un orden patológico en lo síquico y en lo orgánico, el hambre y la miseria se acrecientan con el paso de los días, y entre la multiplicidad de conflictos económicos, sociales y políticos que se acentúan en la congestión demográfica, la batalla por la vida en todos los sectores y en todos los estratos adquiere las características más lacerantes y sombrías para el porvenir humano. Allí, el afianzamiento, con sus peores modalidades, de las sociedades de masas, focos en grande de la nivelación hacia

abajo, de la anulación de la cultura y aliento también, el más seguro, para todas las formas de la demagogia. Y —aparte de la obvia previsión malthusiana respecto del fenómeno de la guerra en relación con las excesivas poblaciones—, éste es el fermento infalible de los regímenes despóticos, bajo cuyo capricho y arbitrio se alimentaron, en todos los tiempos, las empresas guerreras.

La otra realidad entraña también un elemento incorporado a la íntima naturaleza del ser humano. Desde las brumosas etapas de los grupos primitivos, en que los tabúes del totemismo pretendieron esbozar ciertos moldes de conducta que habían de favorecer la supervivencia humana, hasta las más aquilatadas orientaciones de inspiración religiosa o de contenido cultural, el hombre permanece aferrado a su estigma de lobo de su semejante, como "el último animal de presa aparecido", según la desconsolada frase de Cajal.

Preceptos religiosos o direcciones laicas, erguidos en acendrado pedestal de amor y de humanitarismo, caen abatidos al primer soplo capaz de atizar la llama del instinto que mata o que destruye. Casi dos milenios

han transcurrido desde que Jesús mostrara al hombre los más depurados cauces de fraternidad y bienandanza, y ya no son tan sólo los viejos métodos de la lucha a muerte los que prevalecen, sino que, entre la sorda agnía universal fomentada por todos los embates que asedian al hombre contemporáneo, cunde sobre todas las latitudes la inminencia de la destrucción masiva de colectividades enteras, de su mundo y de todo su patrimonio elaborado en arduo esfuerzo de generaciones incontables. Y no trátase únicamente de procesos reactivos de la psiquis, acicateada por resortes adversos, saltando por encima de superiores principios, como la fuerza incoercible que la debilidad humana no pudiese superar, sino que, el propio impulso primario, configurado en definidas pautas de una lucha metódica, con armas materiales y expedientes de sagaz ingenio, con odio y saña como su aliento indeficiente, ha canalizándose en una corriente gigantesca que pugna por enseñorearse en el mundo con su designio destructor. Pudiera decirse que se trata de una moderna versión de la guerra "creadora" de Treihске, con tangibles proyecciones mundiales, con recursos inagotables y un

refinamiento de métodos nunca antes siquiera concebido.

Representa la guerra en sí misma el medio de resolver una pugna o conflicto, definido o no, entre grupos sociales. Siendo como es una lucha colectiva mediante armas materiales fabricadas por el hombre, ella comporta el abandono consciente, por parte de él, de los atributos normales propios de su ser racional, atributos intelectuales y morales, para librar a la ciega decisión de la fuerza el problema que la ha suscitado.

El paulatino desarrollo de las civilizaciones hubo de dar paso a la organización de los estados para que las grandes sociedades regularizasen su existencia entre marcos de un ordenamiento jurídico, lo mismo para su propio régimen interno que para normar el trato que entre aquéllos había de establecerse.

En principio, en tal punto de partida radica el sistema de organización universalmente adoptado para trazar los más seguros caminos de la convivencia de todo núcleo social. El Derecho quedaba constituido para dar consagración y vigor a una alta categoría

ideal elaborada para la regulación de la conducta interhumana.

Por esencia, los estados no pueden ni deben existir, de tal suerte, moviéndose fuera de la órbita del Derecho, lo mismo en la vida de lo interno que en la esfera de sus relaciones.

Y en tanto que el Derecho, siendo como es, una emanación de la vida, se define y se consagra por la libre expresión del asentimiento de los miembros de la comunidad, esa conformidad nace de las realidades humanas, de los atributos espirituales y sociales que han podido ajustarse en vínculos de armonía y en afanes de solidaridad.

Hallándonos en una etapa de la cultura universal en que al Derecho quiere asignársele un contenido permanente y un alcance operante de justicia, no será posible echar en olvido que la final conquista de esa armonía humana sólo podrá sustentarse en la obra de la justicia integral en la existencia de las naciones, justicia que, se ha convenido, ha de coordinarse con la convivencia jurídica entre los estados en los marcos del Derecho Internacional.

Mas, ¿a dónde se dirigen los postulados y las normas del Derecho Internacional sino a determinar los rumbos para la cooperación entre los pueblos, por medio de sus organismos estatales y de las entidades superestatales?

Empero, sabemos bien que la sola norma del Derecho, por más que encuéntrase inspirada por los más altruistas fines del espíritu, carece de la potencia necesaria si no se apoya en el arraigo de la vida, en la depuración de los designios subyacentes de lo humano sobre el instinto incoercible y sus recursos de fuerza.

Una implacable experiencia de todos los tiempos nos viene a demostrar, en tal manera, que la soñada paz universal no ha podido hacerse ni se hará por gracia de las limitaciones de la maquinaria bélica, ni por el espejismo de los tratados, de las artificiosas unificaciones, las precarias alianzas y equilibrios ni la promesa falaz, sino, en modo fundamental, por obra del desarme de las conciencias.

Y esta última contemplación, que me fue dable sustentar y desenvolver brevemente,

hace más de un lustro (1), no ha perdido en nada su razón de ser en la hora presente, cuando protestas generosas y tentativas de diverso orden han continuado sucediéndose, con la consabida y renovada frustración, en tanto la humanidad sigue en medio de tensa expectativa, bajo los presagios de una nueva catástrofe.

No corresponde al propósito de este sucinto extracto, según lo ya expresado, realizar la reseña de cuantos empeños en la teoría y en los hechos hubieron de surgir por obra del análisis consciente y previsor en torno al desatino de la guerra. Las más lúcidas orientaciones de amplia visión pacifista, planteamientos ajustados a circunstanciales contingencias de diversos procesos bélicos, nobles tentativas encaminadas a dar concreción, con variados métodos, al afán de preservar la paz entre las naciones, nunca dejaron de estrellarse con la valla indomeñable de una postura mental prevaleciente al final en las masas y primordialmente en las élites, que éstas, las llamadas a encarar la realidad profunda,

---

(1) Discurso pronunciado a nombre de la Casa de la Cultura Ecuatoriana el 4 de octubre de 1957, para saludar al Congreso Hispano Luso Americano de Derecho Internacional.

nunca se propusieron vencerla en su entraña verdadera.

Toda la historia de los esfuerzos pacifistas, de los recursos adoptados con fines de perpetuar una armonía, tras la experiencia de un evento guerrero, ha debido constituir, también, invariablemente, la historia de los ásperos fracasos.

Retrotrayendo apenas la contemplación a las dos últimas conflagraciones, la resultante, en cada caso, queda claramente establecida, primero en 1939, y luego, viva y descarada, en el creciente clima de zozobra que embarga al mundo en estas horas interminables.

El Versalles de 1919 representó penosamente la estructura de un edificio de papel, ambiciosamente concebido y melancólicamente logrado por la fantasía ingenua y optimista del preclaro presidente americano. Y si estadistas de la más connotada jerarquía de las naciones victoriosas, como Clamenceau y Lloyd George, jugaron su papel culminante en la hora de las grandes decisiones, ninguno de ellos pudo despojarse de los viejos atavíos que, desde el ángulo de una mera estrategia política, orientaban sus ac-

ciones en la defensa de sus pueblos representados. La misma táctica de equilibrios para pretender preservar una aparente seguridad y neutralizar la desconfianza, promover la expansión colonial como trofeo efectivo del triunfo y, luego, las rigurosas sanciones al vencido, para saciar el clamor vindicativo que los acicateaba sin cesar.

Y entre el naufragio incuestionable de la tesis de que la seguridad debía preceder a la paz, hubo al fin de nacer la Sociedad de las Naciones, llevando inscrito su destino efímero en la concepción de su sistema y en el hecho mismo de su incompleta integración. La anhelada paz permanente del idealismo wilsoniano se deshizo en pedazos en un lapso cuya brevedad nunca, acaso, fue siquiera sospechada por los actores de Versalles. Todo aquel juego de alianzas, contrapesos, recursos de corto alcance y paliativos epidérmicos con que se pretendió cimentarla, nada tenía que se parezca a la solidez de una efectiva garantía.

Finalmente, sobre tan desarticulada estructura debía descuajarse el alud de la megalomanía hitleriana, bajo el mismo que había de inflamarse el nuevo ciclo bélico.

Fresca y penetrante todavía la visión de las últimas etapas, la sensibilidad ya acaso exhausta del espectador contemporáneo tornará a preguntarse ¿y para qué ha servido tanto sacrificio y tanta destrucción? ¿Hasta cuándo la implacable furia de la animalidad ha de usar de los propios recursos concien- ciales del hombre en su devastadora tarea?

Inútil será sin duda tratar de recapitular la sucesión de instancias inherentes al último conflicto armado en escala mundial y que arrancan desde su inmediato presagio inesperado, cuando la confabulación colmada de doble felonía de dos totalitarismos hizo posible la agresión inicial.

Bien conocido es el cuadro de alineacio- nes de nuestra hora, que no únicamente co- rresponde a posiciones nacionales sino, para confusión mayor, a posturas ideológicas ra- dicalmente antagónicas, diseminadas, infil- tradas entre adversas atmósferas políticas, alimentando el ambiente de beligerancia de la guerra fría. Las raíces llegan desde la Carta del Atlántico, y la orientación de la campaña que se inició en el Continente Euro- peo en 1944, y Yalta, con sus preludios en Mos-

cú y Dumbarton Oaks, y luego, San Francisco.



No debía faltar, otra vez, la preocupación hondísima de quienes, pugnando por exaltar a esfera condigna la jerarquía de la especie consciente, han querido definir, con diversidad de mirajes, el apremio indeficiente que compete a la inteligencia para salvar al mundo del nuevo cataclismo que puede acaso tornar, tarde o temprano.

Cabe mencionar, aunque fuere enunciativamente, a guisa de ejemplos, ciertos planteamientos que han sido expuestos en torno a la cuestión.

Así, sugestiva y bien ceñida a un sólido andamiaje lógico, la fórmula de paz que trazara Emery Reves, cuando sopesando el malogro de múltiples intentos, luego de analizar faces diversas del panorama político social, preconiza su propio método para la preservación de la paz, mediante la constitución de una autoridad mundial, cuyo marco legal comportaría la norma suprema en que habría

de asentarse la armonía internacional.

Concretada así la tesis en esta hora, parece que una interrogación fluye de inmediato: ¿Cómo a la altura de las tormentas contemporáneas, será aún posible intentar siquiera el acatamiento a una ley que sujete los pequeños y grandes ímpetus nacionalistas, el absorbente impulso de los que tan sólo persiguen el ensanche máximo de sus órbitas políticas? ¿Habría de hallarse una remota posibilidad de llenar normalmente, y menos en las actuales circunstancias del mundo, aquella condición imprescindible para ese proyectado gobierno superestatal, a saber, la limitación de soberanías, como nunca hoy prepotentes? Por otra parte, el ordenamiento universal bajo una ley supondría la previa unificación de todas las naciones bajo tal cuerpo normativo; y, sobre esto, ya advirtió Toynbee con amplia razón: "Si se quiere la unidad política del mundo como un principio forzoso, no podrá realizarse sino por la fuerza que, en tal caso, es la muerte."

Winston Churchill, de otra suerte, hubo de indicar un día, como el mejor camino de la paz, la conformación de consejos continentales con el rol de organismos superiores repre-

representativos de cada región del mundo, que habrían de resolver los problemas propios de sus bloques estatales. Walter Lipmann, acaso sin decirlo, quiso asociarse a esta postura, mientras con igual discreción, insinuaba sus objeciones al sistema de Emery Reves.

También frente a este planteamiento habría que observar simplemente que hay un principio sociológico que muestra cómo cada etapa en la vida internacional lleva modalidades y perspectivas bien caracterizadas por la confluencia, en momentos diversos, de factores circunstanciales suficientemente definidos. Más todavía, en el mundo de los últimos tiempos, la mutación, precisamente, constituye el único signo de permanencia.

Esas soluciones, pues, tan noblemente inspiradas, han perdido su ambiente entre la atmósfera de ebullición de la hora actual.

Nos restan los caminos de las Naciones Unidas, entidad hoy reducida a plataforma de la guerra fría, mediante el inoperante Consejo de Seguridad, pero cuyo simbolismo parece que estuviese definido en la compostura a veces muy ceñida a la circunspección diplomática de un lado, frente al zapato car-

gado de vahos campesinos que golpea el pupitre. Y allí también, la Asamblea, con su ingente bloque recién llegado de la jungla, llevando su obvia propensión para inclinar la balanza en el peor sentido. Y hasta van quedando proscritos, como formas anacrónicas, indignas de la nueva tónica temperamental dominante, los viejos modos de la cortesía, propios del señorío del personero de un Estado. Tribuna de explosiones verbales, escenario de mal contenidas amenazas, teatro del cotidiano desafío y la negociación fallida ¿qué prenda de bienandanza y qué augurio de paz podrá llevar en sí?

Y aquellos obstinados esfuerzos por el desarme nuclear que se concretan en el ya cansado forcejeo de Ginebra, igual que cualquiera otra manera de desarme material, si van evidenciando la imposibilidad de avenimiento, aunque éste llegase algún día, con la amplitud mayor, sería menester aún buscar una seguridad efectiva en la sustancia medular, orientadora de las determinaciones humanas.

No es oportuno en el instante tratar de llevar a cabo una ponderación, ni someramen-

te, de lo que la guerra significa en su realidad y en sus repercusiones en lo humano y en todo lo que de alguna manera se relaciona con lo humano. Sobran, acumulados en siglos y hasta en milenios, exhortaciones y clamores en busca de una paz en firme.

El solo hecho cierto es que, junto a los objetivos específicos, cardinales de la guerra, en el exterminio de vidas humanas y de los mejores frutos de su genio creador, en cada posición, para anular al adversario, igual que en los destrozos materiales y económicos, hállanse otra suerte de efectos de largo alcance que, traduciéndose en la desintegración cultural, ha de manifestarse de inmediato en el mayor decaecimiento moral asociado a trastornos masivos de orden psíquico y nervioso, de obstinada permanencia y proyecciones irreparables en el seno de la sociedad.

Basta apreciar a simple vista la medida en la que la última conflagración —suscitada por encima de la alta cultura intelectual de los pueblos que la vivieron— hubo de determinar el derrumbamiento vertical de incontables valores, en los que se había fincado la grandeza y la nobleza del idealismo de sus

mejores exponentes. A ello siguió, desde luego, una crisis integral para lo político, lo económico y lo social en su más vasto contenido. Las nuevas generaciones abrieron sus ojos bajo la acción de una atmósfera impregnada de escepticismo, cuando no de desprecio, frente a las antiguas convicciones humanitarias, sustento cierto de la moral de convivencia, igual que para los orientadores de esa fe. Así nacieron desesperadas filosofías, como conformadas en una misma resaca, a expensas de ese torbellino de almas en naufragio. Y aquellas nuevas generaciones, tampoco supieron ni en verdad pretendieron en su desencantada y abatida visión del destino del hombre, vislumbrar una luz de salvación. Muy al contrario. Entonces rebotó lo peor, en el auge de las juventudes delincuentes, multiplicándose en número, en vicios y en extravíos, como flor y modelo de podredumbre, en las naciones de más señera raigambre cultural. Nada más decidor que aquel arrogante pronunciamiento del estudiante francés: "Notre génération ne se laisse plus avoir par les grands mots." Pero, las que quedaban, las pequeñas, ya no existen para ellos sino en el albañal.



Y era verdad que las grandes palabras, que podían haber constituido el orgulloso blasón de la cultura humana, en todos sus valores y en todas sus determinaciones, si perdieron su sonoridad anularon también su contenido, cuando todas las altas orientaciones del espíritu, en virtudes morales de heroísmo y sacrificio, en alientos intelectuales de prodigios de ciencia y de técnica, habían sido frenéticamente transferidos al servicio de las tareas de la guerra. Se ha transmutado, ciertamente, en beneficio de ésta, la esencia de los valores morales cuyo papel radica en la solidaridad de los pueblos, en el amor y en la fraternidad humanos; se ha prostituído afanosamente la obra pura de la ciencia, obra de espiritualidad, para aplicarla en toda su potencia a aquellos fines protervos de la matanza y de la destrucción.

¿Puede tener derecho el hombre a reclamar un destino racional para sí en su carrera por el mundo, si para obra tal, voluntariamente ha llegado a abdicar sus más aquilatados atributos y sus más caras virtualidades como ser de una especie consciente?

No se trata en modo alguno de contradecir la razón de ser de convicciones funda-

mentales o desoir llamados hondos e ineluctables de la nacionalidad o de la sangre. Posturas son éstas que no admiten controversia cuando la fatalidad de los hechos hubiera de producirse, como hasta ayer, en un mundo todavía realmente sumido en tal orden de barbarie que demanda ineludibles reacciones defensivas. Mas, la posición que se reclama del hombre de cultura, independientemente de todo ese rol de atributos sagrados que conciernen a la intimidad afectiva, comporta llanamente una nueva contemplación y una nueva actitud frente al fenómeno en sí mismo de la guerra, cuya realidad, al deshacer bases y normas del comportamiento en el ámbito de la conciencia, compromete y finalmente destruye aquellas excelsas categorías de lo humano que proclama defender o conservar por ese mismo medio.

En todos los tiempos, la guerra como acto humano ha significado el empleo así de instrumentos materiales como de recursos concien-  
cenciales, en el amplio contenido que este vocablo entraña. Pero han sido estos últimos, en definitiva, la fuerza superior y decisiva para suscitar y sostener aquélla. Vale decir,

la acción de la guerra se realiza en primero y último término, por una determinación de la voluntad, a cuyo favor se pone en juego la acción mancomunada de todos los resortes de la conciencia.

Claro que esa voluntad, originalmente puede hallarse determinada por una de dos corrientes: los móviles internos que representan los cauces de la racionalidad triunfante del hombre, superado y depurado por obra del Ideal, o bien, aquellos impulsos que reflejan, anublando la razón desde el fondo de sus pasiones negativas, suscitando algo como esa "acumulación de dinamita psicológica" de que habla Julián Huxley.

El punto de partida y luego el motor y el sostén de la obra se hallan inequívocamente en la determinación humana, en sus fuerzas interiores, liberadas de las cadenas del instinto, o **armadas**, de verdad, con aquellos acicates eficaces de la guerra: odio, venganza, agresividad, sevicia. Canalizada una corriente dentro de la segunda alternativa, todo lo demás llega de suyo; y al servicio de tal designio actuará en plenitud la capacidad del hombre —esto es, obvia y básicamente merced al instinto de vivir y de vencer—, pero,

ante todo, con la integridad de sus recursos psíquicos.

El explosivo nuclear, el mayor instrumento destructivo, de la índole que los estrategas suelen denominar arma absoluta, así como los sistemas diversos que diariamente son desarrollados y perfeccionados para el preciso empleo de aquél en los previstos objetivos—concentraciones urbanas, emplazamientos de valor militar, centros industriales, por ejemplo—, han constituido un prodigio de la mente y un testimonio incontestable de consagración y de perseverante disciplina.

Los recursos aunados de la conciencia han podido, pues, concebir y realizar el colosal sistema, de rigurosa calidad científica y técnica, que en un instante cualquiera, por acto de la voluntad y hasta por una fortuita coyuntura, puede arrasar, en las más dilatadas áreas de la corteza terrestre, no únicamente todo vestigio de existencia humana, sino también imposibilitar, por tiempo aún no determinado, la subsistencia de la vida.

Este desesperante esfuerzo, que en verdad actualmente comporta una competición dramática de los estados más poderosos del

Orbe, no siquiera ha querido detenerse a examinar los efectos laterales de sus ensayos y experiencias, y la población del mundo comienza ya a sufrir los estragos no advertidos, en la propia naturaleza humana, por obra de los residuos atómicos.

No es aventurado prever que merced a las mismas creaciones procedentes de la alta sapiencia moderna, otros sistemas de aguzado ingenio para la guerra química, biológica y hasta psicológica, sean elaborados en amplia escala, bajo el influjo y con los mismos propósitos que han sido inspirados por la obsesión agresora o por el obvio temor.

Puntualizados fuera de toda abstrusa lucubración, aunque muy brevemente, estos claros antecedentes y circunstancias, bien es dable convenir en que el fundamental error de comprensión y la equivocada interpretación de esta materia, radican en situar el punto de apoyo de la tarea de pacificación del mundo en la eliminación de los medios e instrumentos materiales de la obra destructiva

y no precisamente en la esencia y origen mismos de su existencia, que es el espíritu de quien la determina.

Gran parte de cierta propaganda pseudo pacifista, virtualmente unilateral, que se realiza bajo el signo antiarmamentista, representa apenas la expresión de un interesado proselitismo.

No se puede admitir, en consecuencia, en sano análisis —ya que no habrá quien deliberadamente haya de llamarse a engaño— que la clave de la paz mundial haya de encontrarse en el método o en el instrumento y no en la fuente de la que emanan como simple medio, en el foco de creación que concibe y decide el propósito y finalmente adecúa los recursos para su cumplimiento.

La guerra, singularmente la que parte de la iniciativa agresora, no se realiza en nuestros tiempos por decisión de los pueblos. La obra parte de quienes tienen en sus manos de modo inmediato la facultad de decidir, esto es, de los dueños del poder político y de la fuerza militar. Si alguna ocasión los gobernados llegan a asumir determinado papel en este orden, su actitud será necesariamente el producto de una reacción normal

provocada por actos de preparación del mandatario que es en caso tal el interesado y el poseedor, además, de los medios de propaganda.



Todo orden de proscripción de esas armas físicas, si se contempla una sencilla perspectiva, tendría que consagrarse en un sistema de convención o concurrencia de voluntades, cualesquiera que hayan de ser las previsiones y estipulaciones pactadas, como alianzas, garantías de paz perpetua, equilibrios, medios de solución de conflictos y aun el propio compromiso que estableciese la abolición de los ejércitos.

Pero marcada una tal disposición anímica respecto a una política de relaciones, como aquella bien definida en los regímenes de la provocación o la expansión imperialista, nunca habrá plan alguno contractual que haya de ser respetado. Es la historia de siempre de parte de los agresores, que, en definitiva, son los promotores de toda guerra, cuando han hallado una resistencia a su ambición.

Son ellos, en realidad, quienes de manera directa o indirecta la suscitan y la precipitan. Por lo mismo, la fe que en un momento pueden comprometer en un acuerdo de concordia, carecerá de significado y será ajena a toda seguridad. Y, desde luego, a propósito de este mismo cuadro del complejo político, no es posible echar en olvido que la sola decisión de los dictadores hubo de trazar, con la guerra, a través de renovados procesos históricos, el sino infausto de los pueblos por ellos sojuzgados.

¿Hacia dónde, pues, encaminar un empeño y dirigir una apelación, al borde del naufragio, sino a la propia conciencia del hombre?

Será menester invocar esa conciencia en la plenitud de sus virtualidades y potencias, en modo que pueda dar de sí la expresión de los atributos que entrañan lo noble y lo excelso de la especie. Deberán ser batidos para siempre los resabios de animalidad y vesania, comúnmente soterrada, que en to-

das las edades corporizan el instinto agresivo, el impulso del odio, el arrebató de la venganza, los estímulos de la codicia y el morboso ímpetu de poderío.

Si toda esa acción psicológica que lleva el poder de determinación hacia la paz o hacia la guerra, reside en el sector que encarna el gobierno de los pueblos, el camino ha de hallarse en buscar los medios para desarmar esas conciencias.

No tan sólo en la esfera de la Ética, en que podría acaso concretarse un desarme moral, puesto que en este campo la humanidad ha tenido cuanto requería en la doctrina de Jesús. Claro que lo ético no puede faltar, y en primer término. Pero, el apremio integral radicará en incorporar además, en el espíritu de los conductores, convicciones de fría solidez y todas las capacidades inherentes a su cometido; acervo de acendradas categorías anímicas de inteligencia y sentimiento, de saber y voluntad, ponderación y equilibrio; y con ello, visión precisa de las realidades humanas, comprensión serena de los problemas de la colectividad, clara y cabal concepción



de sus soluciones, conciencia responsable, de verdad.

Es apremiante promover una movilización universal de los núcleos conscientes de la suprema crisis, encaminada a guiar una campaña y a concertar una acción para conseguir habilitar en plenitud al poder público, a los personeros de su mandato; estatuir severas selecciones entre marcos de una máxima capacitación de conocimiento y disciplina y cuyo acceso entre cauces democráticos dará firmeza a las instituciones y restaurará su prestigio. Estarán los hombres de gobierno en condiciones de idoneidad para cumplir su cometido, en todos los estados, en armonía con los imperativos sagrados que atañen a una especie pensante y sensible.

Su autoridad y su solvencia medularmente cimentadas habrán de franquearles, al propio tiempo, caminos propicios para la misión primordial de ilustrar sagazmente a los pueblos, de llevar a cabo en todos los estratos una obra educativa de verdad, orientada hacia legítimos fines humanos.

El patrimonio cultural moderno, en sus genuinas sustancias de alcance espiritual y fundamentación científica, habrá de brindar

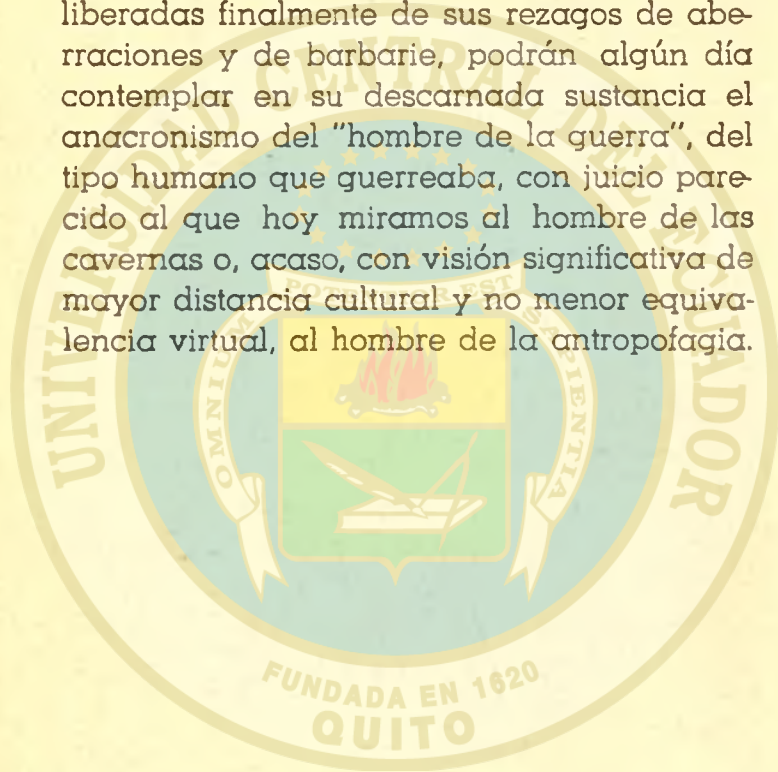
pautas y soluciones suficientes para organizar la convivencia de los pueblos y para resolver con serena justicia todos y cualesquiera de sus conflictos.

No que se intente cambiar de un giro la naturaleza humana ni transformar como por ensalmo al delincuente en ejemplo de rectitud y de bondad. Esa sola intención comportaría un desatino. No se trata tampoco de empeñarse en convertir en sabios, ni ricos, ni poderosos, a todos los hombres. La única finalidad trascendente será el ofrecerles los rumbos posibles para hacerlos felices. Para ello es menester proporcionarles un mínimo de bienestar, con seguridad y con sosiego; satisfacción de aspiraciones racionales y armonía en las relaciones con sus semejantes.

Y habrá que empezar el esfuerzo trazando cauces civilizados en la organización estatal, hasta proscribir de sus jerarquías el frenesí de la demagogia, la entronización de la incompetencia, la dictadura y el asalto. Podrá entonces llegar, bajo un pronóstico de estabilidad y de firmeza, la paz entre los estados y, más aún, el equilibrio de los procesos sociales en cada ambiente nacional, la coope-

ración civilizada de los grupos constitutivos de la colectividad humana.

Superadas en tal modo las sociedades, liberadas finalmente de sus rezagos de aberraciones y de barbarie, podrán algún día contemplar en su descarnada sustancia el anacronismo del "hombre de la guerra", del tipo humano que guerreaba, con juicio parecido al que hoy miramos al hombre de las cavernas o, acaso, con visión significativa de mayor distancia cultural y no menor equivalencia virtual, al hombre de la antropofagia.



# INDICE





|                                                          | <b>Págs.</b> |
|----------------------------------------------------------|--------------|
| EN TORNO A LA OPERACION PANAME-<br>RICANA .....          | 7            |
| LA REFORMA AGRARIA ....                                  | 49           |
| UNA POLITICA DE CONVIVENCIA ....                         | 85           |
| UNA MODALIDAD POLITICA DE LA SO-<br>CIEDAD DE MASAS .... | 117          |
| EL DESARME DE LAS CONCIENCIAS ....                       | 169          |





**PROBLEMAS CONTEMPORANEOS**,  
por **LUIS BOSSANO**, se terminó de  
imprimir el día 29 de Mayo de 1963,  
siendo Benjamín Carrión Presidente  
de la Casa de la Cultura Ecuatoriana,  
Francisco Tobar García Director de la  
Editorial y Edmundo Velasco Z.,  
Regente de los Talleres Gráficos.



[illegible]

*Apuntes acerca del Regionalismo en el Ecuador.*—2ª Edición.—Quito.—1930.

*Por la Raza.*— Quito.— 1933.

*El campesino ecuatoriano.*— 2<sup>a</sup> Edición.  
— Buenos Aires.— 1937.

*La evolución de la Democracia.*— Qui-  
to.— 1944.

*La Universidad en la cultura nacional.*  
— Quito.— 1954.

*El mandato público.*— 2ª Edición.— La Habana.— 1956.

*Tres panoramas nacionales.— Quito.—*  
1957.

*Los problemas de la Sociología.*— 4ª  
Edición.— Quito.— 1958.



PRECIO: S/. 20.00

IMPRESO E



50381